EL TEATRO.
COLECCION DE OBRAS DRAMÁTICAS Y LÍRICAS.

LA PRIMERA PIEDRA,

DRAMA

EN TRES ACTOS Y EN VERSO.

ORIGINAL DE

D. LUIS MARIANO DE LARRA.

SEGUNDA EDICION.

MADRID.
HIJOS DE A. GULLON, EDITORES.
OFICINAS: POZAS—2—2.°

1880.



LA PRIMERA PIEDRA.

OBRAS DRAMATICAS DE D. LUIS MARIANO DE LARRA.

COMEDIAS.

El amor y la moda.
El toro y el tigre.
Quien piensa mal, mal acierta.
Pedro el marino.
El cuello de una camisa.
En palacio y en la calle.
Las tres noblezas.
Quien á cuchillo mata.
Á caza de cuervos.
Una nube de verano. (3.ª edicion.)
Lanuza.
Entre todas las mujeres (1)
Sapos y culebras (1).
Una Virgen de Murillo (1).
El beso de Judas.
Una lágrima y un beso. (2.ª edicion).
Juicios de Dios.
La flor del valle. (2.ª ed.)
La pluma y la espada.
Batalla de Reinas.
El amor y el interés. (3.ª edicion).
La planta exótica. (2.ª edicion).
La paloma y los halcones.
El rey del mundo.
La oracion de la tarde. (6.ª edicion.)
Los lazos de la familia. (4.ª edicion.)
Rico de amor.
Barómetro conyugal (2).
La lápida mortuoria.
La bolsa y el bolsillo.
El Marqués y el Marquesito.
Los infieles (3). (3.ª edicion.)
La agonía. (3.ª edicion.)
Flores y perlas. (4.ª ed.)
Dios sobre todo. (2.ª ed.)
El hombre libre.
La primera piedra. (2.ª ed.)
Estudio del natural (2.ª edicion.)
La cosecha. (2.ª edicion.)
En brazos de la muerte.
¡Bienaventurados los que lloran! (5.ª edicion.)
El bien perdido. (2.ª ed.)
Oros, copas, espadas y bastos. (5.ª edicion.)
El ángel de la muerte.
El Becerro de oro.
Los hijos de Adan.
El árbol del Paraiso.
El Caballero de Gracia.
La tarde de Noche-buena.
¡Una lágrima!
Los corazones de oro. (2.ª edicion.)
Tres piés al gato...
¡Risas y lágrimas!

ZARZUELAS.

Un embuste y una boda. (Música de Genovés.)
Todo son raptos. (M. de Oudrid.)
As en puerta. (M. de Oudrid.)
La perla negra. (M. de Vazquez.)
Las hijas de Eva. (M. de Gaztambide.) (4.ª edicion.)
La conquista de Madrid. (M. de Gaztambide.) (3.ª edicion.)
Cadenas de oro. (M. de Arrieta.) (4).
Una revancha. (M. de Campo.)
La insula Barataria. (M. de Arrieta.)
Punto y aparte. (M. de Rogel.)
Los órganos de Móstoles. (M. de Rogel.) (2.ª ed.)
Los infiernos de Madrid. (M. de Rogel.)
La varita de virtudes. (M de Gaztambide.)
Los misterios del Parnaso. (M. de Arrieta.)
Los hijos de la costa. (M. de Marqués.)
Justos por pecadores. (M. de Oudrid y Marqués.)
La prima-donna. (M. de zarzuelas.)
El atrevido en la córte. (M. de Caballero.)
El conde y el condenado. (M. de Rogel é Inzenga.) (5).
Sueños de oro. (M. de Barbieri.) (4.ª edicion.)
La creacion refundida. (M. de Rogel.)
El barberillo de Lavapiés. (M. de Barbieri.) (9.ª edicion.)
La vuelta al mundo. (M. de Barbieri y Rogel.) (2.ª edicion.)
Chorizos y Polacos. (M. de Barbieri.)
Viaje á la luna. (M. de Rogel.)
Juan de Urbina. (M. de Barbieri.)
Los pajes del Rey. (M. de Oudrid.)
Las campanas de Carrion. (Música de Robert Planquette.)
La guerra santa. (M. de Arrieta.) (6).

OBRAS NO DRAMÁTICAS.

Tres noches de amor y celos. Novela en dos tomos.
La gota de tinta. (Segunda edicion.) Novela en dos tomos.
El libro de las mujeres. Obra traducida en un tomo.

---

(1) En colaboracion con D. Luis de Eguilaz. (2) Idem con D. Ventura de la Vega. (3) Idem con D. Narciso Serra. (4) Idem con D. Ramon de Navarrete. (5) Idem con D. Antonio García Gutierrez. (6) Idem con Don Enrique Perez Escrich.

LA PRIMERA PIEDRA,

DRAMA

EN TRES ACTOS Y EN VERSO,

ORIGINAL DE

DON LUIS MARIANO DE LARRA.

Representado por primera vez en el Teatro de LOPE DE VEGA el 6 de Diciembre de 1862.

SEGUNDA EDICION.

MADRID.
IMPRENTA DE JOSÉ RODRIGUEZ.—CALVARIO, 18.
1880.

PERSONAJES.	ACTORES.
ISABEL..	Doña Teodora Lamadrid.
ELISA......................	Doña Matilde Bagá.
RAMONA....................	Doña Josefa Ossorio.
DON MIGUEL	Don Joaquin Arjona.
DON EDUARDO...............	Don José Ortiz.
DON ENRIQUE................	Don Ramon Benetti.
UN CRIADO..................	Don N.

La accion en Madrid: 186...

AL SR. D. JUAN DE LA ROSA GONZALEZ.

Diez y seis años hace, Juan amigo, que se estrecharon por primera vez nuestras manos: yo era un niño y tú eras apenas un hombre. Desde entónces nuestra amistad se ha conservado incólume á pesar de nuestra vida literaria, la ménos á propósito para guardar amigos, y de nuestro carácter independiente el ménos apto para adquirirlos. Esta amistad á prueba de rencillas, de juicios críticos y de quejas del amor propio, existe hoy tan libre, leal y espontáneo como el primer dia; y en Dios y en mi ánima te juro que no ha de romperse por mi, siquiera escribiera yo los peores dramas del mundo, ó tú criticaras los mejores mios con injusticia.

Sirva esto de preámbulo á mi carta como en respuesta anticipada á las suposiciones mezquinas que algun amigo bien intencionado podria hacer de la dedicatoria de *La Primera piedra*, al crítico de *La Iberia*. Que yo no mendigo elogios lo saben todos los que no son mis amigos y todos los que con más ó ménos acierto desempeñan en la prensa los cargos de críticos y de gacetilleros: que tú no eres escritor que tenga en cuenta la amistad para tus juicios, lo saben todos los autores, y así, pues, pocos como nosotros podemos dedicarnos y admitirnos comedias, en la seguridad de que no hay en ello más que una prueba de afecto, y un recuerdo de los muchos que en diez y seis años pueden conservarse.

Si yo algun dia he podido quejarme de cualquiera opinion tuya respecto á mis obras, á tí ha ido mi queja al mismo tiempo que mi mano, y si tu juicio ha sido equivocado, que de hombres es no ser infalibles, has procurado enmendarle, correspondiendo así con tu buena fé á la buena fé de mi cariño.

Explicada así, no para nosotros, que no lo necesitamos, la dedicatoria de *La Primera piedra*, réstame hablarte dos palabras acerca de este drama, que sea cual fuere su éxito, á una opinion tuya debe su existencia.

Representóse un drama mio titulado *La Planta exótica*, que obtuvo, si no por su mérito literario, tan escaso como el de todas mis obras, por su intencion moral, los aplausos del público y los elogios de la prensa. Entre los tuyos apareció un cargo, si algo exagerado en aquella obra, no desnudo de fundamento. Por si no recuerdas tus palabras, voy á trascribírtelas.

«Debemos consignar que no nos hallamos conformes con ciertas »máximas pronunciadas por el General, cuya virtud tiene cierto ca- »rácter agresivo, contándose entre ellas la que se refiere al arrepen- »timiento, que es precisamente la virtud cristiana que más purifica y »engrandece el alma, cuando es sincero.»

Pensando en estas palabras, pues, he querido probar con esta obra que mi intolerancia no era absoluta, y que este es uno de los casos en que deben perdonarse las faltas; así como yo creía que en aquel era imposible, en el mundo se entiende, la rehabilitacion de la culpable.

Si he conseguido mi objeto, al público toca decirlo; la intencion de la obra es para tí, como el desempeño es para la crítica.

Tú, que tan íntimamente me conoces, tú que sabes perfectamente mis intenciones y opiniones acerca del Teatro, comprenderás que si algun dia brota de mi pluma cualquiera idea atentatoria á las buenas costumbres y á los principios de sana moral y fé religiosa, será debida á la equivocacion del escritor y no á las ideas del hombre.

Precisamente hoy que tratan de resolverse los más grandes problemas políticos y filosóficos que han agitado constantemente á la humanidad, es cuando más falta hace inculcar en el pueblo las ideas de religion y moral, de religion, porque sin ella no hay educacion posible, de moral porque sin ella desapareceria la familia, lazo humano donde tienen su cuna todas las virtudes, su desarrollo todos los sacrificios, su objeto todas las aspiraciones. La santidad del hogar doméstico, los principios del Evangelio, el cumplimiento de los deberes, el perdon de las injurias, el amor al prójimo, objetos son tan oportunos para el Teatro, hábilmente manejados, como cualquiera otro, y de resultados más dignos é imperecederos. Si el teatro no puede enseñar lo bastante para que el hombre sea virtuoso, si no alcanza á corregir los vicios humanos, que no los aliente al ménos, que no pervierta, que no desmoralice, que no disuelva.

Con estas ideas, dos cosas he tenido siempre en cuenta al escribir para el Teatro; dos cosas que si creo necesarias en quien ha de emitir sus ideas en público, eran indispensables en quien, como yo, tenía que llevar desde muy niño con el producto de su trabajo y de su escaso talento, única herencia de mi padre, el apellido ilustre de Larra, tan odiado durante su vida como justamente respetado despues de su muerte.

Escribir obras que de más ó ménos mérito, porque este es independiente de la voluntad, conservaran la forma literaria hija del buen sentido que hemos recibido en herencia de los inmortales dramáticos que han ilustrado nuestra escena.

Pensarlas de modo que los padres de familia pudieran llevar á sus hijas á escucharlas, seguros de que no habian de beber en mis pensamientos ninguna idea desmoralizadora, ningun propósito disolvente.

Á estos dos principios, y no á habilidad mia, debo sin duda la constante benevolencia con que el púbitco premia mis obras, y las demostraciones de cariño con que en los teatros de España saluda mi humilde nombre, garantía, si no de acierto y de mérito relevante, de buena intencion y de sanas máximas al ménos.

Á estos dos principios se reducen mis aspiraciones. Ajeno por completo á toda pandilla: retirado completamente de esa vida estéril pa-

ra el corazon y para el arte, á que tantos jóvenes de talento se dedican ahogando entre la maledicencia y las calumnias de café sus excelentes facultades, y amando con ardor infatigable el trabajo, paso mi vida con la feliz seguridad del que tiene la conciencia tranquila, y la legítima satisfaccion del que se debe á sí propio su posicion en la sociedad y el porvenir desahogado de sus hijos.

Recibe, pues, al mismo tiempo que la dedicatoria de *La Primera piedra*, esta mi profesion de fé literaria, y admite ambas con el expansivo afecto que te las dirijo, y de que tú, pese á quien mal te conozca, has dado en varias ocasiones repetidas pruebas.

El que admite y cree merecidos los elogios que hace la crítica de su talento y sus obras, obligado está á admitir las censuras; y el dia, tal vez próximo, en que la crítica y el público rechacen cualquier obra mia, me verás resignado dar la razon á ambos y agradecer el castigo que merezcan mis errores.

Es siempre tuyo de corazon

LUIS MARIANO DE LARRA.

San Fernando, 14 de Enero de 1861.

ACTO PRIMERO.

Sala en casa de Isabel. Muebles de lujo. Puerta al foro y laterales.

ESCENA PRIMERA.

D. EDUARDO y RAMONA aparecen en escena.

EDUARDO. ¿Siempre tan bella?
RAMONA. Aún mejor
que ántes de partir usted.
EDUARDO. ¿Te habló á menudo de mí?
RAMONA. No muchas veces. (Sonriendo.)
EDUARDO. ¡Cruel!
RAMONA. Ausencias causan olvido.
EDUARDO. Cierto.
RAMONA. Y ojos que no ven...
EDUARDO. Si aun viéndome fueron ciegos,
ausentes, ¿qué habrán de ser?
RAMONA. Siempre sucede lo mismo:
siempre al que nos quiere bien
despreciamos, ó queremos
al que nuestro amor no ve!
EDUARDO. ¡Ah! ¿acaso sigue ese ejemplo
tu señora?
RAMONA. ¡Puede ser!
EDUARDO. Explícate, que me importa

mucho.

RAMONA. No... yo nada sé.

EDUARDO. En vano callar intentas
lo que censuras tal vez.

RAMONA. Yo no lo censuro; digo
que es suerte de la mujer
dar amor al que la huye,
y al que la busca desden.

EDUARDO. Tres años lejos de aquí
sin ver su rostro pasé,
y amor, terquedad ó empeño
mi llama hicieron crecer.
Vuelvo, amante como siempre,
su vida ignoro cuál es,
y ántes que ella me la finja
la verdad quiero saber.
¿La han avisado?...

RAMONA. El criado
se lo ha dicho y...

EDUARDO. ¡Tarda á fé!

RAMONA. Es natural; de los baños
llegamos todos ayer,
y hoy pasaba la mañana
entre el equipaje y el...

EDUARDO. Habla y aprovecha el tiempo.
(Interrumpiéndola y dándole una moneda de oro.)

RAMONA. ¡Siempre tan amable?...

EDUARDO. (Con interés y en voz baja.) Á ver...

RAMONA. Pregunte usted.

EDUARDO. De mi nombre,
¿ni aun hace memoria?

RAMONA. ¡Eso es!

EDUARDO. ¿Otro es más dichoso? (Con intencion.)

RAMONA. Sí;
pero sin buscarlo él.

EDUARDO. ¡Ah! ¿La desprecia? (Con alegría.)

RAMONA. No tanto;
yo sé que la quiere bien,
pero ama á otra, segun
lo da el incauto á entender,
y más de mi ama enciende
el amor con su esquivez!

EDUARDO. ¡La invencible!... (Con ironía.)
RAMONA. Así hasta ahora
sucede...
EDUARDO. ¡Bravo! ¿y quién es?
RAMONA. Don Enrique de Aguilar,
un diputado novel,
propietario de Navarra
y baron de no sé qué...
EDUARDO. Y ama...
RMMONA. Á la niña...
EDUARDO. ¿Qué niña?... (Sorprendido.)
RAMONA. ¡Es verdad!... ¿no sabe usted?...
EDUARDO. ¡Nada! (Con extrañeza.)
RAMONA. Una jóven muy triste,
pobre, de buen parecer,
que hace tres años nos trajo
de Valencia don Miguel,
sobrina de la señora.
EDUARDO. ¡Cómo!... ¿una sobrina?...
RAMONA. Pues.
EDUARDO. ¡Nunca oí á Isabel hablar
de ningun hermano!... Y bien;
sigue en la casa...
RAMONA. Aquí sigue
viviendo á mesa y mantel...
EDUARDO. Y de este asunto no sabe
Ramona... (Con intencion.)
RAMONA. ¿Qué he de saber?
EDUARDO. Sobrina suya... me extraña!
¿La quiere mucho Isabel?
RAMONA. Nunca la ha querido... pero
desde que el otro la... ¿eh? (Con malicia.)
la quiere ménos.
EDUARDO. ¡Entónces
no adivino!
RAMONA. Como usted
me sorprendí... Mi ama sale.
EDUARDO. ¡Vete! (Con temor.)
RAMONA. ¡Adios! (Váse por el foro.)
EDUARDO. (¡Qué hermosa es!)

ESCENA II.

D. EDUARDO, ISABEL, por la derecha.

ISABEL. ¡Eduardo!... ¿usted por Madrid?
(Dándole la mano.)
EDUARDO. Yo por Madrid, Isabel.
ISABEL. Tres años fuera de España
y sin escribirme...
(Sentándose é indicándolo una silla, que acepta.)
EDUARDO. ¡Tres!...
ISABEL. Y... ¿qué tal el consulado
de Génova? (Con volubilidad.)
EDUARDO. Se está bien
cuando no hay en la memoria
ningun recuerdo!
(Con intencion y ella sin querer comprenderle.)
ISABEL. Y usted
viene con licencia?
EDUARDO. Sí:
absoluta.
ISABEL. ¡Oh!... el poder
es ingrato... sus servicios
no ha tenido en cuenta.
EDUARDO. (Sonriendo.) ¡Pues!
¿Quién premia en el mundo hoy
á aquellos que sirven bien?
ISABEL. Y viene usted...
EDUARDO. Como fuí.
ISABEL. No entiendo.
EDUARDO. Á querer á usted.
ISABEL. ¡Tan galante como siempre!
EDUARDO. Tan amante puede ser...
ISABEL. Quizá alguna genovesa
tenga derechos... (Con coquetería.)
EDUARDO. No es
tan inconstante mi amor
cual quiere usted suponer.
ISABEL. Y... es buen país?
(Cambiando de conversacion é insistiendo.)
EDUARDO. Á lo ménos

no hay tanta perfidia en él.
ISABEL. ¡Pérfida es mucho!
EDUARDO. Ó ingrata,
que lo mismo viene á ser.
ISABEL. Es mucha la diferencia...
EDUARDO. Cuestion de nombres.
ISABEL. Eso es.
(¡Maldita vuelta!...) Y ahora
piensa usted ir...
EDUARDO. No lo sé...
aunque es difícil que parta
habiéndola vuelto á ver.
Aquí está lo que quería,
lo que olvidar no logré,
lo que usted con su inconstancia
no pudo hacerme perder.
ISABEL. ¡Otro empleo! (Con ironía.)
EDUARDO. Qué mal giro
toma esta entrevista...
ISABEL. (Distraida.) ¿Qué?
EDUARDO. Yo quiero que usted me entienda,
y usted no quiere entender:
yo disimulo muy mal,
y usted olvida muy bien!
ISABEL. No entiendo tampoco.
EDUARDO. Entónces
ya que la he podido ver
á solas, será forzoso
que nos expliquemos...
ISABEL. ¡Eh!
EDUARDO. Creo que basta de máscaras...
yo me la quito, Isabel.
ISABEL. Eduardo...
EDUARDO. Sí; hace cuatro años
que la conocí y la amé...
Cuanto afecto puede un hombre
consagrar á una mujer,
cuanta constancia es posible
en usted deposité.
Usted no era libre aún,
y no tardó en prometer
que en cuanto á serlo llegara

moriría su desden.
Nos amamos. Usted misma,
si bien lo recuerda, fué
la que con ménos reserva
se lo dió al mundo á entender.
Murió su marido, y cuando
sus promesas recordé,
cuando yo de mi constancia
pensaba el premio obtener,
usted con indiferencia,
incomprensible y cruel,
dió nuestro afecto por roto
y nuestra amistad tambien.
Yo comprendí fácilmente,
de su desvío á través,
que otro más afortunado
iba á alcanzar lo que amé,
y dejando á mi despecho
libre el campo para él,
salí de España, señora,
para no volverla á ver.
Olvidarla fué imposible,
y friamente pensé
que es la venganza un manjar
amargo y dulce á la vez.
Quise olvidar en tres años,
y si mi amor no olvidé,
ménos olvidar podría
mi venganza: aquí estoy pues
ó amarla á usted decidido,
ó á hacerla á usted padecer
algo, por esos tres años
que mis ojos no la ven.

ISABEL. Cierta es la historia: con todo,
bueno es que conste tambien
que no sin algun motivo
de sentimientos cambié!
Tal vez fuí ligera... sea,
algo coqueta... tal vez,
pero ¿era tanta mi culpa
usándola con usted?
¡Usted, que de hombre insensible

tenía fama... lo sé!
que de corazon gastado
blasonaba, y con placer
hacía burla de cuantas
le habían querido bien!
Usted, que nuevo Tenorio,
contaba con avidez
sus conquistas una á una,
sus olvidos cien á cien.
Que persiguiendo sin tregua
la inocente sencillez,
burlaba ricas ó pobres,
cuantas creían en él;
usted que siempre negaba
la virtud en la mujer,
porque con ruegos ó engaños
triunfó en ella alguna vez,
¿no merecía encontrar
alguna virtud tambien?
Yo con mi juego inocente
á sus víctimas vengué,
fué una venganza la mia
amarga y dulce á la vez.

EDUARDO. Y ese corazon, señora,
que tan vengativo fué,
¿no vive esclavo de otro hombre
que no la paga muy bien?

ISABEL. ¡Basta! Sólo mi marido (*Levantándose.*)
tuvo derecho á saber
lo que hice de mi existencia,
y ya no le tengo á él.
¡Libre soy! (*Con entereza.*)

EDUARDO. ¡No para mí!

ISABEL. Por Dios, conózcalo usted,
y no á una pobre señora
amanece descortés.

EDUARDO. Yo me he jurado á mí mismo
que nadie ha de poseer
el bien que yo disfrutaba
y usted me robó cruel.

ISABEL. Eduardo, esta casa es suya
si mi amigo quiere ser...

no llame á mi corazon,
porque ya ni mio es!

EDUARDO. Si usted me le dió, señora, (Con ironía.)
¿cómo suyo puede ser?

ISABEL. ¡Era mio y se le dí!...
es mio y se le quité!...

ESCENA III.

ISABEL, D. EDUARDO, D. MIGUEL.

MIGUEL. ¡Esto es hacer lo que César,
llegar y ver y vencer!
(Deja el sombrero en una de las sillas del foro y da la mano á Isabel con efusion.)

ISABEL. ¡Oh! ilustre doctor!

MIGUEL. Señora;
¿qué tal el viaje?

ISABEL. Bien.
(Sentándose al otro lado de la escena.)

MIGUEL. Y... ¡qué veo! ¡Don Eduardo! (Con extrañeza.)

ISABEL. Le tenemos otra vez
en Madrid... ¡Cónsul cesante!

MIGUEL. ¡Al panteon! (Sonriendo.)

EDUARDO. ¡Eso es!

MIGUEL. ¡Otro vago más!

EDUARDO. No tanto...

MIGUEL. Si usted trae algo que hacer...

EDUARDO. ¡Siempre de franco pecó (Con ironía.)
el bueno de don Miguel!

MIGUEL. El que me quiera, ya sabe
cómo me debe querer.
¡Soy raro, yo no lo dudo,
pero mi divisa es,
decir la verdad á todos,
adular mal y hacer bien!

EDUARDO. ¡Lástima que el buen doctor
haya elegido un papel
que le creará enemigos
constantemente!...

MIGUEL. ¡Sí á fé!
Pero ni tengo ambicion,

ni á nadie he de menester.
Con mi capital modesto,
que da sin esplendidez
á mi cuerpo lo preciso,
paso la vida muy bien,
y ni solicito honores,
ni cargos quiero tener,
que suelen perderse pronto
de la fortuna al vaiven;
así soy, y tengo amigos
como usted...
(Acercándose á Isabel y dándole la mano mien tra se dirige á Eduardo con la vista.)
y como usted,
que perdonan mis defectos
en gracia de mi honradez.

EDUARDO. Cierto; pero lo que á mí
siempre me extrañó en usted,
es que no siendo egoista
ni preocupado...

MIGUEL. ¿Qué?

EDUARDO. Aún viva sin compañera.
¿Le asusta á usted la mujer?

MIGUEL. No tal; yo tambien sentí
cuando jóven, y áun despues,
la justa necesidad
de unir mi ser á otro ser.
Pero sea que mi amor
á la ciencia consagré,
no tomando por oficio
lo que un ministerio es;
sea que ocupada el alma
en ver á otros padecer
no tuve tiempo bastante
para echarla de cortés,
pasé de los cuarenta años
sin que ninguna mujer
llegara á alegrar mi pecho
ni á mandar, esposa, en él.
¡Quién sabe si Dios me guarda
en su infinito saber
algun ángel que me ampare

al llegar á la vejez,
ó algun demonio que encienda
tardío fuego en mi ser,
y haga de mi ancianidad
escalon para sus piés?
Ni de insensible blasono
ni de seductor pequé:
Dios mandará en mí mañana
como ha mandado hasta ayer.

ISABEL. ¿No es usted libre por cálculo?

MIGUEL. Cálculo mezquino es
la soledad egoista
y el solitario placer.
No vive la dicha sola,
recibirla es menester,
y si yo no la disfruto
es porque no la encontré.
No hablemos, pues, más del hombre,
que en mí existe rara vez,
y deje usted para el médico
su acostumbrado papel.
¿Está usted ya bien del todo? (Á Isabel.)

ISABEL. ¡Vuelvo más triste!...

EDUARDO. Á mi ver
será una afeccion moral,
que el doctor no entienda bien.

MIGUEL. Usted dispense: si el médico
sólo sabe conocer
cuando un órgano se inflama
ó cuando se tuerce un pie,
su papel en este mundo
es bien humilde papel.

EDUARDO. ¿Usted cura el alma?

MIGUEL. El alma
se puede curar tambien.

EDUARDO. Dejo entónces al enfermo,
y la cura elogiaré
si, como creo, el doctor
hace más que prometer.
(Pasando en medio y dando la mano á Isabel.)

ISABEL. Don Eduardo, adios.

EDUARDO. (Á D. Miguel.) Celebro

haberle visto otra vez.
MIGUEL. ¡Gracias!
EDUARDO. Y usted... (Á Isabel que le interrumpe.)
ISABEL. Usted sabe
que hoy, lo mismo que ayer,
soy su amiga; que esta casa
es suya siempre, y merced
me hará con acompañarnos
y con venirnos á ver.
EDUARDO. No entiendo el plural...
ISABEL. (Sonriendo.) ¡Es cierto!...
Si viene usted á comer
hoy con nosotras, sabrá
el secreto...
EDUARDO. (Afirmativamente.) Hasta despues.
¡Soy curioso!... Adios, señora...
MIGUEL. Don Eduardo... (Saludándolo.)
EDUARDO. (Id.) Don Miguel!...
(Sale por el foro. Isabel hace un gesto de satisfaccion al quedar solos.)

ESCENA IV.

ISABEL, D. MIGUEL.

ISABEL. ¡Oh!... (Con placer.)
MIGUEL. La venida de ese hombre
¿le ha hecho á usted sin duda daño?
ISABEL. Sí, don Miguel.
MIGUEL. ¡Es extraño!
¿no quiere darla su nombre?
ISABEL. Sí.
MIGUEL. Pues no entiendo el rigor
con que le recibe airada.
Si usted estando aún casada
llegó á escuchar ese amor...
ISABEL. (Interrumpiéndole.)
Separada estaba ya
de mi esposo.
MIGUEL. Eso no altera
mi opinion: por donde quiera,
el mundo, que es malicioso,

á su lado le veía:
si usted á Eduardo juró
ser suya, y el mundo vió
el amor que le tenía;
si muerto su esposo al cabo,
á quien yo tanto estimé,
en don Eduardo observé,
más que un amante, un esclavo,
¿con qué ley, con qué razon
rompió usted sus nuevos lazos,
haciendo á un tiempo pedazos
su honra y su corazon?

ISABEL. ¡Yo!...

MIGUEL. Isabel, yo que fuí amigo
verdadero de su esposo,
y que de su borrascoso
matrimonio fuí testigo,
pude en usted conocer
un carácter singular,
de esos que suelen labrar
la ruina de una mujer.

ISABEL. Me juzga usted con dureza.

MIGUEL. Con justicia nada más.
Usted no tuvo jamás
para luchar fortaleza:
de temple inseguro el alma,
de imaginacion variable
y de condicion mudable,
vivió en egoista calma,
sin ver los males prolijos
que causó continuamente:
hizo bien, perfectamente
Dios, en no dar á usted hijos!

SABEL. ¡Oh! tal retrato... (Avergonzada.)

MIGUEL. Isabel,
su esposo de usted murió,
y hoy, por usted, la hablo yo
como la hablaría él.

ISABEL. Y si á Eduardo tengo horror,
si á otro quiero con locura,
¿condenaré á la amargura
mi juventud y mi amor?

MIGUEL. Usted el mal se ha buscado...
ISABEL. ¿Quién mandar puede en su pecho?
MIGUEL. ¿Tiene á ese amor más derecho
el mortal afortunado?
ISABEL. Sí, le amo, ¡y es mi pasion
grande, inextinguible, inmensa!
MIGUEL. Y el hombre por quien...
ISABEL. (Interrumpiéndole.) ¡Ni piensa
que yo tengo corazon!
MIGUEL. Quien á hierro mata...
ISABEL. ¡Oh!
¡pero eso no puede ser!
MIGUEL. Vaya usted á convencer
al que el refran inventó!
ISABEL. Hay más: yo que los desvelos
causé de tantos, ahora
siento que mi ser devora
la llama atroz de los celos.
MIGUEL. ¿Quiere á otra?
ISABEL. Lo adivino,
aunque no lo sé de cierto,
porque ya me hubiera muerto.
MIGUEL. ¡Es implacable el destino!
Y ella es...
ISABEL. ¡Elisa! (En voz baja y con odio.)
MIGUEL. Señora,
saber más es necesario...
ISABEL. No es mi juicio temerario,
yo presiento que le adora...
MIGUEL. ¿Qué remedio si es verdad?
ISABEL. ¿Qué remedio? ¿y usted piensa
que he de perdonar la ofensa
si se trueca en realidad?
¡Ella! que me debe todo,
hasta el aire que respira,
ir á robarme...
MIGUEL. La ira (Interrumpiéndola.)
es de arreglarlo mal modo.
Cuando usted recogió á Elisa,
su sobrina, hace tres años,
iban á hacer los extraños
lo que elogia tan de prisa.

Usted, que porque su padre
con usted reñido estaba,
ni siquiera contestaba
á las cartas de su madre;
usted que no consoló
la pobreza de su hermano
siendo rica, y ni su mano
á su muerte le tendió;
¡qué ménos podía hacer
por decoro á su apellido
viendo ya á un desconocido,
yo, que la iba á recoger?
¿Qué la debe su sobrina
para cederla á usted nada?
¡el pan que come y la almohada
donde su cabeza inclina?
¡Usted no tiene derecho
para robarla un amante,
porque altiva y arrogante
la dé su casa y su lecho!

ISABEL. ¿Qué más puedo darle?

MIGUEL. ¡Oh!
si usted no entiende...

ISABEL. Yo quiero
que usted se explique...

MIGUEL. Prefiero
callar verdades...

ISABEL. ¡Ya no!

MIGUEL. Sea; usted dia tras dia,
y hasta tal vez mi querer,
le ha dado usted á entender
el favor que recibía;
ni consoló su tristeza,
ni acompañó su abandono,
ni bajó usted de su trono
de protectora riqueza.
¡No vió en usted el amor
que ilustra á la caridad;
sólo vió la realidad
tristísima del favor!
¿Cómo, pues, si su pasion
es cierta, exige ese afan,

que por un poco de pan
la dé á usted su corazon?

ISABEL. Yo ántes no la conocía
y en tres años...

MIGUEL. ¡En tres años,
caben tantos desengaños
como instantes en un dia!

ISABEL. Caritativa con ella
le dí cuanto le faltaba...

MIGUEL. Más amor necesitaba
su desventurada estrella.
Bien el que al desnudo viste
le proporciona reposo;
pero en el mundo es forzoso
tambien consolar al triste.
La caridad es del cielo,
y para el pobre y el niño
más que el oro sin cariño
vale el cobre con consuelo.

ISABEL. Busca usted las perfecciones
y es difícil encontrarlas.

MIGUEL. Pues si usted no supo darlas
no pida usted corazones.

ISABEL. Basta.

MIGUEL. ¡No diré jamás
otras verdades tan largas!

ISABEL. ¡Las verdades son amargas!

MIGUEL. ¡Las lágrimas lo son más!
Y voy, pues usted se obstina
(Cambiando de tono.
en no entender lo que pasa,
á ver qué ocurre en su casa...

ISABEL. Adentro está mi sobrina.

MIGUEL. ¡Veré á todos, y despues
que examine á cada cual,
sin mi tono doctoral
vendré á ponerme á esos piés.
(Váse por la izquierda saludando á Isabel con amabilidad aparente y con cierta frialdad que ha de guardar siempre hablando con ella. Isabel espera á que salga D. Miguel, que lo hace por la puerta primera de la izquierda y se levanta.)

ESCENA V.

ISABEL.

¡Este hombre es insoportable!
¡siempre el mismo! ¡qué manía
de censurar las acciones
ajenas!...
(Mira á todas partes con ansiedad y vuelve á sentarse.)
¡Oh! ¡qué fatiga
de viaje!
(Se queda un momento con la frente apoyada en su mano y como pensando.)
¿Será acaso
que mi razon se alucina,
ó aquellas dulces miradas,
aquellas tiernas sonrisas
eran para mí?
(Vuelve á levantarse y mira otra vez á todas partes.)
¿En Valencia
no estaba todos los dias
dándola ramos? ¡Tambien
á mí me los daba! ¡Inícua
condicion de la mujer...
no poder por ella misma
averiguar...

ESCENA VI.

ISABEL, RAMONA por el foro. Despues ENRIQUE.

RAMONA. Don Enrique...
ISABEL. ¡Ah!... Él aquí... conocería
mi turbacion... un momento...
que entre... que espere...
(Vacilando: váse por la derecha.)
RAMONA. La misma
que en los baños... lo está viendo
y... ¡estas gentes no adivinan!...
(Aparece D. Enrique.)

Pase usted, que la señora
sale ya...

ENRIQUE. ¿Y la señorita?

RAMONA. Buena.

ENRIQUE. ¿Descansaron?

RAMONA. Todos.

ENRIQUE. Gracias.

RAMONA. No hay... hasta la vista.
(Váse por el foro.)

ENRIQUE. Adios. (Hoy mismo es forzoso
que termine mi agonía.)

ESCENA VII.

ENRIQUE.

¿Por qué si me ama, se niega
á oirme? ¿Por qué se obstina
en que no pida su mano?
Misterio es por vida mia
que me cansa, y es forzoso
saberle por ella misma.
Sus lágrimas sin motivo
y sus ojos que me animan,
contradicciones me ofrecen
sin cesar que no se explican.
Hábleme al fin y sepamos
á qué atenernos... ¡Elisa! (Viéndola.)

ESCENA VIII.

D. ENRIQUE, ELISA por la izquierda.

ELISA. ¡Ah! ¡Enrique!... (¡Tan pronto!)

ENRIQUE. Apenas
disculpable es mi vida: (Con rapidez.)
llego: y hoy, aprovechando
estos instantes, querría
saber si el alma que me oye
puede ó no puede ser mia.

ELISA. (¡Dios mio!).

ENRIQUE. Que yo la quiero
harto mis ojos lo indican,

que usted mi cariño paga
los suyos me pronostican.
¿Por qué siendo los dos libres
huye usted más cada dia
de mi presencia, y mis frases
y mis miradas evita?
Ántes de verla en Valencia
usted mi amor ya sabía;
conseguí á solas oirla.
Hoy este instante aprovecho,
respóndame usted, Elisa.

ELISA. (¡Tormento horrible!) Yo, Enrique,
agradezco... sin familia,
sin bienes, yo ser no puedo
¡la esposa que necesita!
Yo fuera dichosa... y mucho,
mas ni merezco esa dicha,
ni Dios quiere que la tenga,
ni usted dármela podría.

ENRIQUE. ¡Oh! ¡de una vez acabemos!
¿Qué misterio hay en su vida
que así á rechazar mi amor
y mi mano le precisa?

ELISA. ¡Oh! ¡ninguno!... (Con rapidez.)

ENRIQUE. Pues entónces...

ELISA. Por Dios...

ENRIQUE. Yo exijo...
(Suplicando é interrumpiéndole.)

ELISA. No insista
usted en esa esperanza
que no ha de mirar cumplida.

ENRIQUE. ¡Ah!... ¡usted no me ama!
(Con desaliento: ella á pesar suyo y dominándose.)

ELISA. Yo... Enrique...
¡Eso debe ser!

ENRIQUE. ¡Impía
terquedad!

MIGUEL. ¿Dónde? (Dentro.)

ELISA. Silencio.

ENRIQUE. ¡Basta! Será usted servida. (Frialdad.)

ESCENA IX.

ELISA, D. ENRIQUE, D. MIGUEL, por la izquierda, corriendo á ella y abrazándola.

MIGUEL. ¡Hija mia!
ELISA. ¡Don Miguel!
Perdone usted, es mi amigo
más leal! (Á D. Enrique, dándose las manos.)
ENRIQUE. Lo mismo digo
yo de su amistad y de él!
MIGUEL. ¡Pálida estás! ¿qué te pasa?
¿Te probó mal el viaje?
ELISA. Sí... un poco. (Turbada.)
MIGUEL. (Á D. Enrique.) ¿Y usted?
ENRIQUE. (Con enojo.) No traje
buena salud á esta casa!
MIGUEL. Cierto, encuentro á ustedes dos
agitados... (Examinándolos.)
ENRIQUE. (Disimulando.) No en verdad...
MIGUEL. (Sonriendo.)
¿Acaso la enfermedad
que manda á sus hijos Dios?
¿De la que no hay nadie sano
cuando á veinte años asciende,
la que su contagio extiende
por todo el género humano?
ELISA. ¡Oh! (Bajando los ojos.)
ENRIQUE. ¡Yo!...
MIGUEL. (Cogiendo la mano á Elisa.)
Vuestra turbacion
bien claro lo manifiesta:
aquí tengo la respuesta,
pulsacion por pulsacion.
ELISA. ¡Ah! (Soltando la mano.)
MIGUEL. Elisa, si un ángel eres,
y para el amor nacida,
él va á sembrar en tu vida
campo eterno de placeres.
Él va á abrir tu juventud
á un horizonte mejor,

él en alas de tu amor
va á dar premio á tu virtud.

ELISA. (¡Oh! ¡Jamás!) (Avergonzada.)

MIGUEL. (Sin entenderla) ¿Qué?

ENRIQUE. Don Miguel,
usted, que la quiere tanto:
usted que adivina el llanto
y el mal que se oculta en él:
usted, hombre superior,
que al sembrar buenas acciones,
no da á las preocupaciones
ni crédito ni valor;
descubra usted la razon
de ese hondo suspiro ahogado,
despues de haber rechazado
mi mano y mi corazon!

MIGUEL. ¡Ah! ¿no le amas?

ELISA. (Ap. á D. Miguel.) (¡Por piedad!)

MIGUEL. ¿En qué ese desprecio estriba?
¿Disculpan tu negativa,
tu pobreza y tu orfandad?

ELISA. Eso es...

MIGUEL. ¡Oh, niña inocente,
pasaron ya aquellos dias
en que rechazar podrías
su cariño impunemente!
El siglo que va el camino
de la eternidad cruzando,
poco á poco ha ido labrando
del hombre el alto destino!
¿Porque él es noble, opulento,
tú huérfana, le rechazas?
La diferencia de razas
gime esparcida en el viento.
¡Hoy todo hombre puede ser
lo que se atreve á escalar!
Hoy puede á todo llegar
el amor de la mujer!
Ya basta á la juventud
la riqueza de sus gracias.
¡Ya no hay más aristocracias
que el talento y la virtud!

ELISA. (¡Oh!)
ENRIQUE. ¿Qué le importa mi nombre
si es mi amor inmenso y santo?
ELISA. ¿Y quién soy para tanto?
ENRIGUE. ¡Y qué soy yo más que un hombre!
ELISA. (Quiero hablar á usted.)
(Con rapidez á D. Miguel ap.)
MIGUEL. (¡Á mí!)
ELISA. (Que se vaya.)
MIGUEL. (Que se explique
(Ap. á sí mismo.)
es forzoso...)
ENRIQUE. (Usted...)
MIGUEL. Enrique,
adios: yo me quedo aquí.
ENRIQUE. (Va usted... (Ap. á D. Miguel.)
MIGUEL. ¡Á hablarla, y ahora!
ENRIQUE. Convénzala usted.
MIGUEL. Quisiera
y confío...)
(Sale Ramona por la puerta primera derecha.)
RAMONA. Mi ama espera
á don Enrique... (Váse por el foro.)
ENRIQUE. Señora...
(Saludando y acercándose.)
(Nadie cual yo la amará...
Dígaselo usted así...) (Á D. Miguel.)
MIGUEL. (¡Algun misterio hay aquí!)
ENRIQUE. (Elisa... ¡te adoro!) (Ap. á ella.)
ELISA, ¡Ah!
(En voz baja y con emocion. Enrique se va por la derecha.)

ESCENA X.

ELISA, D. MIGUEL.

ELISA. Por cuanto usted en el mundo (Con rapidez.)
ame más, por cuanto estime
mi ventura, el que me oprime
mal espantoso y profundo
evite...

MIGUEL. ¿Qué puedo hacer
si á conocerlo no das?
ELISA. ¡Que Enrique no vuelva más,
que no le vuelva yo á ver!
MIGUEL. ¿Qué razon? (Insistiendo.)
ELISA. Usted es bueno,
me quiere...
MIGUEL. ¡Como á una hija!
ELISA. ¡Hágalo usted, y no exija
nada más!
MIGUEL. Guarde tu seno
ese secreto, y advierte,
pues que saberlo no imploro,
que yo tampoco lo ignoro!
ELISA. Usted sabe... ¿y de qué suerte?...
(Con terror: Miguel en voz baja: ella respirando y con fingida calma.)
MIGUEL. Es que ama á Enrique Isabel.
ELISA. (¡Ay!...) Eso es!...
MIGUEL. Mas si tu tia
en ese afecto confía
él no participa de él.
ELISA. No importa...
MIGUEL. Atroz sacrificio
tu vida va á marchitar.
ELISA. La debo mucho, y matar
debo mi alma.
MIGUEL. ¡Y tu juicio!
Si es tu amor eterno y santo
y ves tu calma perdida,
qué vas á hacer de tu vida
sino un manantial de llanto?
ELISA. En él la sed de mi amor
por fuerza se apagará.
MIGUEL. ¡Ese llanto te ahogará!...
ELISA. ¡Entónces mucho mejor! (Amargura.)
Hay seres privilegiados
tan sólo á sufrir nacidos,
en su virtud combatidos,
en su amor desventurados;
seres que vieron el dia
en medio de la tormenta,

y cuya vida es tan lenta
como la última agonía;
para ellos nunca hay piedad,
ni hay porvenir, ni hay amor!
para esos seres, señor,
la muerte es la libertad!

MIGUEL. Si pobre naciste, Elisa,
y niña murió tu padre,
y besaste de tu madre
la postrimera sonrisa,
hoy el cielo premia aquí
tu desgracia, y te da un hombre
que su cariño y su nombre
quiere colocar en tí.
¡Admítele sin temblar
por el ajeno dolor;
el amar da en el amor
como el torrente en el mar!

ELISA. ¡No más!... ¡basta!... ¡es inflexible
mi resolucion!... ¡Me muero,
pero ser suya no quiero! (Desesperada.)

MIGUEL. Veré á Isabel...

ELISA. ¡Imposible! (Con solemnidad.)

MIGUEL. Si ella misma renunciara...

ELISA. ¡Nunca de Enrique sería!

MIGUEL. Entónces...

ELISA. ¡La suerte impía
otro estado me depara!

MIGUEL. ¿Qué le diré?...

ELISA. ¡Que su amor (Sarcasmo.)
llega muy tarde!

MIGUEL. ¡Cobarde
vacilacion!

ELISA. ¡Oh! ¡muy tarde!
¡Basta!... (¡Dios mio, valor!)

ESCENA XI.

ELISA, D. MIGUEL, ISABEL, ENRIQUE, derecha.

ISABEL. Vea usted... aún está aquí...
(Á Enrique señalando á D. Miguel.)

MIGUEL. ¿Me buscaba usted? (Á Isabel.)
ISABEL. Yo, no...
Enrique me preguntó
por usted...
MIGUEL. Ya concluí.
Gozan de salud completa
todos mis amigos.
ISABEL. ¡Ah! (Mirando á Elisa.)
¿nadie hay enfermo?
MIGUEL. Quizá,
pero no dejo receta.
ENRIQUE. ¿Qué hay? (Ap. con rapidez á D. Miguel.)
ELISA. (Á Isabel.) Me retiro...
ISABEL. ¿Por qué? (Con intencion.)
¿estás mala?
ELISA. Yo...
ISABEL. Creí... (Observándola.)
MIGUEL. (¡Imposible!) (Ap. á Enrique.)
ENRIQUE. (Ap. á D. Miguel.) (Si es así,
¡ya sé la causa! (Mirando á Isabel.)
MIGUEL. ¡Sí á fé!
ENRIQUE. Entónces...
ISABEL. (Observándolos.) (¡Oh! ¡qué hablarán!)
¡Parece que no estás buena!
¿Me ocultas alguna pena?
(Con fingida solicitud y Enrique con interés.)
ENRIQUE. ¿Qué tiene usted?
ISABEL. (Observándole.) (¡Ese afan!...)
ELISA. Nada.
ENRIQUE. (¿Si mi amor la escuda
qué teme usted?
(Acercándose y ap. con rapidez.)
ELISA. Por favor,
déjeme usted.)
ENRIQUE. ¡Es rigor!
ISABEL. (¡Oh! se aman, ¡no tiene duda!)

ESCENA XII.

DICHOS, D. EDUARDO por el foro.

EDUARDO. Llego á tiempo, ¿no es verdad?
ISABEL. ¡Siempre!
MIGUEL. (Mirando á Elisa.) (¡Tan tenaz empeño!)
ISABEL. ¡Mi sobrina!
(Presentando Elisa á Eduardo. Ambos bajan la cabeza. Al levantarla éste retrocede.)
EDUARDO. (¡Esto es un sueño!)
ELISA. (Retrocede hasta colocarse al lado de D. Miguel, espantada.)
(¡Oh, Jesús! ¡por caridad,
el brazo!)
(Ap. á D. Miguel y apoyándose en él para no caer.)
MIGUEL. ¿Qué es eso?
(Asustado al verla y ella pudiendo hablar apenas.)
ELISA. (¡Nada!
¡Oh, silencio! ¡muerta estoy!)
ISABEL. ¿Qué ocurre en mi casa hoy?
(Mirando á todos sin comprender.)
EDUARDO. Yo... no... (¿Será una emboscada?)
(Mirando á Elisa y á Isabel alternativamente. Enrique mira á Eduardo.)
ISABEL. Vamos, pues, al comedor. (Á Enrique.)
ENRIQUE. (¡Ah!... ¡por no aceptar el mio!...
(Viendo á D. Miguel y Elisa del brazo.)
Señora... (Á Isabel, ofreciéndola el brazo.)
ELISA. (¡En usted confío!...
¡Sosténgame usted!)
EDUARDO (Con decision.) (¡Valor!)
(Ántes de salir cae el telon rápido.)

FIN DEL ACTO PRIMERO

ACTO SEGUNDO.

La misma decoracion del acto primero.

ESCENA PRIMERA.

ELISA, aparece. D. MIGUEL, por el foro.

ELISA. ¿Me habrá entendido? ¡Sí, sí!
¡Dios sea loado!
MIGUEL. Me espanta
tu rostro; ¿qué significan
tus gestos y tus miradas?
ELISA. ¡Soy muy infeliz! (Con expansion.)
MIGUEL. ¿No tienes
corazones que te aman?
¿No estoy yo aquí, por qué temes?
ELISA. Si; ya lo sé; ¡gracias, gracias!
Por eso en esa comida
¡suplicio eterno! esperaba
que usted me entendiera!...
MIGUEL. Apenas
te dirigiste á esta sala,
cuando terminó, he corrido
tras de tí... Vamos, ¿qué pasa?
Confíate á mí... ¿qué tienes?
ELISA. ¡Oh! señor, ántes que nada
necesito una promesa...
MIGUEL. ¿Cuál es?

ELISA. Que de mis palabras
no sabrá Enrique...
MIGUEL. ¡Lo juro!
ELISA. Pues entónces, sin tardanza,
sin dilacion, es preciso
que yo de esta casa salga.
MIGUEL. ¿Salir?... ¿Cómo? (Sorprendido.)
ELISA. ¡Para siempre!
MIGUEL. ¿Estás en tí?
ELISA. Ni amenazas
ni ruegos podrán hacerme
retroceder. Si usted me ama,
no me pregunte; que nadie
pueda sorprender mi marcha...
que nadie siga mis pasos...
MIGUEL. Esa locura insensata
¿de qué ha nacido? La fiebre
te trastorna... (Examinándola.)
ELISA. (Llorando.) ¡Desdichada!
MIGUEL. Serénate... y despues... luégo
que se recobre tu calma...
yo prometo acompañarte
adonde quiera que vayas.
Y... ¿adónde has de ir?
ELISA. Siendo lejos
de aquí, me es igual.
MIGUEL. Repara
que ese escándalo te pierde.
ELISA. Más me pierde la tardanza.
MIGUEL. ¿Qué dirá Enrique?... ¡tu tia!...
ELISA. ¿Usted, qué dirá?
MIGUEL. ¡Yo, nada!
Compadecer tu locura,
y si puedo, remediarla.
Si mi amistad siempre ha sido
noble y desinteresada;
si jamás del hombre el barro
manchó para tí mi alma,
si del dintel de un sepulcro
te arranqué donde llorabas,
y jamás á la mujer
miré al través de tus lágrimas,

¿no tengo derecho, Elisa,
á tu entera confianza?
¡Fuí yo acaso como todos
los que á una mujer amparan,
buscando paga de amores
por virtudes mercenarias!

ELISA. No; usted es noble y bueno;
usted cual nadie, las almas
conquista, y siembra virtudes
por donde quiera que pasa;
feliz la que amarle pueda,
dichosa la esposa honrada
que á nombre del mundo premie
de virtud deuda tan larga.

MIGUEL. Por tu madre, Elisa mia;
por mi conducta, que ensalzas
sin razon, que hables te ruego.

ELISA. Mi madre mira mis lágrimas,
y mandándome que huya
compadece mi desgracia.

MIGUEL. Celos tienes de Isabel,
pueril temor te acobarda:
Enrique te ha conocido
y Enrique no puede amarla.

ELISA. No es eso, señor, no es eso:
usted que lee en el alma,
¿no comprende que en la mia
hay un secreto que espanta?
¿No adivina en esta triste
existencia, que se arrastra
lánguidamente un misterio,
tumba de mis esperanzas?
En amar á Enrique y loca
rechazar al que me ama,
en no entender á su ruego,
en mi terror, en mi marcha,
¿no adivina usted que hay algo
que más que los celos mata?

MIGUEL. Sólo una cosa pudiera... (Temeroso.)
¡pero es imposible!...

ELISA. Basta:
no pregunte usted; no espero

mi confesion...

MIGUEL ¡Desdichada! (Aterrado.)
Tú...

ELISA. (Interrumpiéndole.) Sólo soy una huérfana
sin proteccion: me hace falta
un brazo que me acompañe
lejos de aquí, y una casa
donde trabajando viva
lo que de vivir me falta.
¿Me niega usted ese brazo?

MIGUEL. Nunca negué á la desgracia
mi apoyo, aun sin conocerla;
á tí te amo buena ó mala:
yo consuelo á los que sufren;
Dios de juzgarlos se encarga.

ELISA. ¡Gracias!... No más: algun dia
lo sabrá usted todo, y tantas
serán mis penas, que puede
que me salve si hoy me ampara!
(Va á dirigirse á la izquierda y aparece Enrique
por el foro, interponiéndose á su paso.)

ESCENA II.

ELISA, D. MIGUEL, ENRIQUE.

ENRIQUE. (Con rapidez.)
Espere usted un momento.

ELISA. ¡Otra vez!

ENRIQUE. ¡Una palabra! (Deteniéndola.)

ELISA. (Insistiendo en marcharse.) No...

ENRIQUE. Una sóla: ¿es inmutable
su resolucion?... ¿no hay nada
que la convenza, ni ruegos,
ni amor?...

ELISA. Dentro de esta casa
una mujer sólo espera
de usted su dicha: es honrada,
bella, rica; cuantas prendas
al más exigente halagan
tiene: premie usted, y pronto,
su cariño y su esperanza;
y cuando en brazos ajenos

su dicha logrado haya,
piense usted en que yo misma
le supliqué que la amara,
no ultraje usted mi recuerdo
y tenga á su Elisa lástima.

ENRIQUE. ¿Qué es esto?

ELISA. ¡Adios para siempre!
Hasta luégo en esta sala.
(Á D. Miguel. Se va por la izquierda conteniendo su llanto.)

ESCENA III.

D. MIGUEL, ENRIQUE.

ENRIQUE. ¿Usted lo sabe?...

MIGUEL. (Eludiendo responder.) No tal...

ENRIQUE. ¡Oh! su gratitud la engaña:
yo no puedo amar á nadie
mas que á ella, y nadie manda
en su corazon, ni debe
sacrificarle por nada.

MIGUEL. Sin embargo...

ENRIQUE. (Sorprendido.) ¿Y usted mismo
no pensaba esta mañana
lo mismo que yo?

MIGUEL. Tal vez
esté mi opinion cambiada.

ENRIQUE. Habrá razones que debo
conocer...

MIGUEL. Si usted la ama,
como dice, no atormente
su corazon ni su alma.

ENRIQUE. ¡Yo le doy la mia!

MIGUEL. ¡Es libre
de admitirla ó rechazarla!

ENRIQUE. ¡Libre!...

MIGUEL. Crea usted, Enrique,
en mi experiencia, que le habla.
Yo le quiero á usted de veras.
Cursé, cual sabe, las aulas
con su padre: yo le he visto
á usted nacer: mis palabras

son leales y sinceras...
¿por qué, pues, no ha de escucharlas?
Deje usted que pasen dias...
Elisa tal vez mañana,
si se ausenta...

ENRIQUE. ¡Cómo! (Sorprendido.)

MIGUEL. (Con rapidez.) Puede
que si usted el secreto guarda...
cuando ella esté máe tranquila...
lejos de aquí... premie amada
su pasion.

ENRIQUE. Pero no entiendo...

MIGUEL. Si inspiro á usted confianza,
créame usté; dé tiempo al tiempo
y espere...

ENRIQUE. ¡Nunca tan rara
situacion crucé en mi vida!

MIGUEL. ¡Pronto estará terminada!

ESCENA IV.

ENRIQUE, D. MIGUEL, ISABEL, EDUARDO por el foro.

ISABEL. No dirá usted que no tengo
amigos de confianza
cuando me dejan tan sola...

ENRIQUE. ¿Qué mejor acompañada? (Por Eduardo.)

EDUARDO. ¡Gracias! (¡Este don Enrique
es muy amable!) (Á Isabel.)

ISABEL. Á él le falta (Ap. á Eduardo.)
lo que á usted le sobra.

EDUARDO. ¿Á mí?...
¿Y qué es?...

ISABEL. Decision y audacia.
Doctor, parece que Elisa
está indispuesta.

MIGUEL. No es nada...
el cansancio del viaje...

EDUARDO. (Sin duda sabe esa página
de mi vida, y la ha traido
con ella; no es mala táctica...
Yo la haré hablar.)

ENRIQUE. (Es forzoso
que pierda toda la esperanza
hoy mismo.)

ISABEL. (Si él no se explica
yo veré. .) Usted que me hablaba
hace poco, don Eduardo.
de Génova y de sus plantas,
¿no ha visto usted ni mi estufa
ni mi jardin?...

EDUARDO. No, mañana,
cuando usted pueda enseñarme
sus maravillas...

ISABEL. Acaban
de traerme de Valencia
flores rarísimas...

EDUARDO. ¡Vaya!... (Con ironía..)
Celebro...

ISABEL. Tengo la suerte
de contar con la eficacia
del doctor, que es todo un sabio,
y suele clasificármelas.
¿Quiere usted acompañar (Á D. Miguel.)
al señor?... yo estoy cansada
y no quiero que por mí
pierda ese placer.

EDUARDO. Mil gracias...
yo puedo esperar...

ISABEL. (Insistiendo.) ¡No es justo!...

EDUARDO ¿Viene usted?... (Á Enrique resignándose.)

ENRIQUE. Yo he visto tantas
en Valencia, que agradezco...

MIGUEL. (¡Prudencia!) (Ap. á Enrique.)

ENRIQUE. Estará curada:
cuando ustedes vuelvan...)

MIGUEL. ¿Vamos? (Á Eduardo.)

EDUARDO. ¡Bien jugado!... (Ap. á Isabel.)
(Él mismo trata
de estar á solas!... Entónces
esto es mejor que pensaba.
Se aman y él finge desdenes ..
la otra es una salvaguardia...
¡Oh, Isabel, allá veremos

quién vence á quién!) Conque en marcha.
(Á D. Miguel. Ambos salen por el foro.)

ESCENA V.

ISABEL, D. ENRIQUE.

ISABEL. (¡Gracias á Dios!) No he podido
preguntar á usted aún
si ha descansado.
ENRIQUE. Según... (Sonriendo.)
ISABEL. ¡Fué un viaje entretenido!
ENRIQUE. ¡Sí por cierto!
ISABEL. Brevedad...
que ya es una gran ventaja. .
ENRIQUE. Sí señora, hoy se viaja
con mucha comodidad.
ISABEL. Yo sigo algo delicada.
ENRIQUE. Siento como buen amigo...
ISABEL. Ya ve usted que se lo digo (Con intencion.)
sin que me pregunte nada.
ENRIQUE. Creí que estaba usted bien ..
ISABEL. Venía usted distraido
con la campiña y el ruido
de otras palabras tambien...
y observar no le fué dado (Con intencion.)
mi cansancio y mi fatiga.
ENRIQUE. ¡Qué quiere usted que le diga!
¡Siento no haberlo observado!
ISABEL. ¿Y para qué? (Con coquetería.)
ENRIQUE. ¿Para qué?
Siempre es grato consolar
á quien sufre, si aliviar
no le podemos...
ISABEL. Sí á fé;
grato es si un dolor punzante
nuestra pobre salud vicia,
una frase, una caricia
que nos sirvan de calmante.
Grato es que una voz amada
preste á los males consuelo,

que á veces vienen del cielo
una voz, una mirada;
pero son peor realmente
cuando el dolor nos sujeta,
la compasion indiscreta
ó el consuelo indiferente.

ENRIQUE. Fuera el mio verdadero
y como tal ofrecido...

ISABEL. Si hubiera á tiempo venido,
le hubiese admitido... pero...

ENRIQUE. Llega tarde.

ISABEL. Puede ser.

ENRIQUE. No es culpa mia, señora,
si el hombre á menudo ignora
la ocasión que ha de escoger.

ISABEL. Para hablar, para sentir
cada instante es ocasion.

ENRIQUE. Tambien nuestro corazon
suele no saber vivir...
Muchas veces desalado
rompe á latidos el pecho,
como si viviera estrecho
en su rincon encerrado.
Y ansiando espacio encontrar
adonde latir mejor,
en otra prision peor
se suele el necio encerrar.

ISABEL. ¿Por eso sin duda alguna
guarda usted el suyo preso?

ENRIQUE. No es eso, Isabel, no es eso;
todo es cuestion de fortuna!
¿Cuántas veces despreciamos
lo que más valor encierra,
y recorriendo la tierra
tras lo peor nos lanzamos?
¿Cuántas busca el hombre loco
lo difícil en la vida,
y de lo fácil se olvida
porque le ha costado poco?
¡Buenas las penas buscadas
hace en el hombre el deseo,
y son estéril trofeo

las venturas encontradas!

ISABEL ¡Docctrina cruel!

ENRIQUE. ¡Infalible;
al hombre sólo le agrada
pasar su vida contada
persiguiendo lo imposible!

ISABEL. ¡Es verdad, y esa es mi queja!
inútil es la esperanza;
cuanto más tras él se avanza
más lo imposible se aleja!

ENRIQUE. ¡Oh! no por eso, señora,
el que siente, cual yo siento,
en brazos del desaliento
deja la ilusion que adora:
se alcanza el bien en verdad
cuando hay deseo profundo...
¿para qué sirve en el mundo
la fuerza de voluntad?

ISABEL. ¡Oh! qué feliz debe ser
la mujer amada así!

ENRIQUE. ¡Esto es hablar!

ISABEL. Yo creí
que era sentir y querer.
¡Oh! no es usted el cobarde
que la ocasion no encontró
en mi camino: soy yo (Con amargura.)
la que ha llegado muy tarde.
Al dichoso, no le aterra
el mal que nunca ha sentido!

ENRIQUE. ¿Cree usted que yo no he tenido
ningun pesar en la tierra?

ISABEL. ¿Usted?... (Con incredulidad.)

ENRIQUE. Yo.

ISABEL. Jóven, amante,
correspondido sin duda,
¿qué pesar altera y muda
el color de su semblante?
¿Sabe usted lo que es pasar
la juventud sin amor,
bulándose del dolor
que se ha gozado en causar?
Y cuando hay ménos belleza

por primera vez sentir
un amor que hace morir
y hace perder la cabeza?
Y no ser correspondida
y estar sola eternamente,
y pasar cobardemente
entre el despecho la vida?...

ENRIQUE. ¡No; mas conozco el tormento
de amar y de ser amado
sin que se mire logrado
ese cariño un momento;
de tener que renunciar
á lo que tanto se adora,
sin una razon, señora,
que lo pueda disculpar!

ISABEL. ¡Ah! usted...

ENRIQUE. Yo hablo solamente
de males imaginarios,
como usted.

ISABEL. ¡Extraordinarios (Con extrañeza.)
los juzgo!...

ENRIQUE. ¡Lo son realmente!

ISABEL. Dígame usted la verdad
y le entenderé mejor...
seré su amiga, el amor
no prohibe la amistad.

ENRIQUE. ¡Gracias!—¡Usted puede hacer
que deje yo de sufrir!

ISABEL. ¿Y tarda usted en decir
la verdad? ¡Vamos á ver!

ENRIQUE. Yo amo á una mujer...

ISABEL. (Con rapidez) ¡Su nombre!...

ENRIQUE. ¡Con ese inmenso cariño, (Sin oirla.)
última emocion del niño,
primera ilusion del hombre!
¡Con esa pasion fecunda
que vive entre risa y llanto,
mezcla de respeto santo
y de estimacion profunda!
Sin ella no hay nunca aquí
felicidad ni contento. (Con fuego.)
sin ella no hay un momento

de ventura para mí.
¡Ella me ama! yo lo sé,
pero existe una razon
que manda á su corazon
no amar al mio...

ISABEL. ¿Por qué?

ENRIQUE. Eso es lo que usted verá,
lo que causa mi agonía,
lo que usted, amiga mia,
por mi bien evitará.
Dígale usted que no hay nada
que justifique su empeño,
que nadie es del alma dueño
sino la persona amada. (Con intencion.)
Haga usted que se decida,
sea usted su protectora,
y mi gratitud, señora,
durará lo que mi vida.

ISABEL. ¡Luego es con usted cruel!...
Saber quién es me precisa...

ENRIQUE. Esa mujer es Elisa.

ISABEL. ¡Elisa!...

ENRIQUE. Adios, Isabel.

(Levantándose á pesar suyo, y él saludando y marchándose por el foro.)

ESCENA VI.

ISABEL.

¡Lo sabía! ¡y sin embargo,
oirlo me ha estremecido!
¡Oh! ¡nunca me ha parecido
ese nombre tan amargo!
¡Y he de renunciar por ella
á mi bien! y he de dejarla
que sea feliz... ¡y amarla!
¡Esa mujer es tan bella!
Pero... si le ama ¿por qué
su amor no admite? ¿Sabrá
lo que yo siento y querrá
sacrificarse? ¡No á fé!...

Si le quisiera cual yo...
¿cómo renunciar podría?... (Con pasion.)
Si sabe la pasion mia
me tendrá lástima... ¡Oh!... (Con despecho.)
¡Y ella á quien yo he recogido
mi bien roba inclemente...
yo he criado una serpiente
en mi seno, y me ha mordido!
¡No será!... ¡amor por amor!
yo el suyo aquilataré...
yo su secreto sabré...
(Elisa sale por la izquierda y se sorprende al ver á Isabel.)

ELISA. ¡Isabel!...

ISABEL. (¡Ella! ¡valor!) (Con energía.)

ESCENA VII.

ISABEL, ELISA.

ISABEL. ¿Estás ya más aliviada?...
(Con fingido interés.)

ELISA. Mejor estoy... fué un vahido...

ISABEL. (Bella es... ¡tarde lo he sabido!...)
¿Y ahora qué sientes?

EILSA. Ya... ¡nada!

ISABEL. Sabes que te quiero mucho,
y mi leal interés...

ELISA. ¡Lo ignoraba, porque es (Sarcasmo.)
la primera vez que lo escucho!

ISABEL. (¡Ah!) No soy de esas mujeres
que hablan mucho y sienten poco.

ELISA. ¡Yo no soy así tampoco!

ISABEL. ¡Tú cariñosa no eres!

ELISA. Hay algunas ocasiones...
en que ser amable sé.

ISABEL. Más que en palabras, se ve
el amor en las acciones.

ELISA. Sí.

ISABEL. ¿Desde que estás en casa
algo te llegó á faltar?
¿No supe por tí mirar

con solicitud sin tasa?
¿No cuidé constantemente
de tu traje y tu tocado?
¿No te he tenido á mi lado
como aquí contínuamente?

ELISA. ¿Y cuándo han faltado en mí
ni en un arranque indiscreto
la gratitud y el respeto (Con frialdad.)
que en tres años la debí?

ISABEL. Faltóme tu confianza.

ELISA. ¿Cuándo usted me la ha pedido?

ISABEL. Basta haberla merecido.

ELISA. ¡No á tanto el deber alcanza!

ISABEL. (¡Ah!) (Conteniendo su ira.)

ELISA. ¡Si usted, al fin mi tia,
despues de morir mi padre,
la miseria de mi madre
no quiso aliviar un dia;
si por antiguas querellas,
en su vengativo anhelo,
sin mirar su desconsuelo
la dejó morir con ellas!
si usted no ha hecho más por mí,
tras de hacerme tanto daño,
que no dejar que un extraño
me amparára... ¿No es así?
¿Qué pide á mi corazon
de su cariño vacío,
sino ese respeto frio,
hijo de la obligacion?

ISABEL. Mal me juzgas ciertamente...
(Procurando contener su indignacion.)
mi hermano y yo en muchos años
no nos vimos; como extraños
vivimos contínuamente.
Vuestra miseria ignoraba,
y no os socorrí por eso,
tal vez hice mal, confieso
que en saberlo no pensaba;
pero hoy, que á mi lado estás,
castigué en tí mi pasado...
¿te he ofendido?... ¿te ha faltado

alguna cosa jamás?

ELISA. ¡Sí! me ha faltado el amor
á que tenían derecho
la lealtad de mi pecho,
mi miseria y mi dolor.
¡Nunca el oro me ha faltado,
tia, para engalanarme, (Sarcasmo.)
usted no podía darme
otra cosa, y me le ha dado!

ISABEL. ¿Sabes que hoy, no sé por qué,
quieres mi enojo excitar?

ELISA. Usted me ha querido hablar
de un pasado que yo sé,
y mis heridas constantes,
que usted no ha cicatrizado,
sangre otra vez han brotado
tiñendo nuestros semblantes!

SABEL. (En voz baja.)
¡No las antiguas por cierto
hoy en tu semblante llevas,
son otras heridas nuevas
que tú misma te has abierto!

ELISA. ¡Yo! (Con temor.)

ISABEL. Sí; no cubras tu faz
con hipócrita altivez,
deja por primera vez
todo tu pasado en paz;
¡y dime si no hay en tí
hoy un odio más cruel!
¡dí si no temes por él
lo que sabes que hay en mí!

ELISA. ¡Oh! (Mirándola.)

ISABEL. ¿No es cierto que sin calma
oyes las verdades mias,
y que ántes no conocías
el odio que hay en tu alma?
¿No es cierto que álguien causó
ese dolor que encareces?
¿No es verdad que me aborreces
como te aborrezco yo?
(Bajando la voz y Elisa retrocediendo.)

ELISA. ¡Oh! ¡yo no sé aborrecer!

sin sentir mi desventura...

ISABEL. ¡En vano ocultar procura
tu corazon su placer!

ELISA. ¡Usted no entiende, señora,
todo mi horrible tormento!
Ese amor que es mi contento
y mi calma bienhechora,
ese amor en que yo ví
la ventura de los dos...
ese amor... no quiere Dios
que sea ya para mí!
(Con fuego y desesperacion.)
¡Y usted mi dicha ha deshecho
sin saberlo, con su encono!
¡Buena soy, si le perdono
todo el daño que me ha hecho!

ISABEL. ¡Qué! (Sorprendida.)

ELISA. ¡Basta! Libre es ese hombre;
yo no quiero ser su esposa,
para otra más venturosa
guarde su mano y su nombre.
¡Perdon, señora, y adios!
(Aparece en la puerta del foro D. Eduardo. Elisa se va por la izquierda.)

ISABEL. ¿Ella le ama y me le cede?
¡No entiendo lo que sucede!

EDUARDO. ¡Estaban juntas las dos!

ESCENA VIII.

ISABEL, EDUARDO, que baja al proscenio.

EDUARDO. Isabel, francos hablemos. (En voz baja.)
¿qué hace esa muchacha aquí?

ISABEL. Es mi sobrina... (Con extrañeza.)

EDUARDO. (Con confianza.) Lo oí;
pero ya nos conocemos,
y no es preciso fingir
para hablarnos cara á cara.

ISABEL. (¡Qué es esto!)

EDUARDO. ¿Usted no repara
que la está haciendo sufrir?

ISABEL. ¡Cómo!
EDUARDO. ¡Vamos, la verdad!...
¿cree usted que no he conocido
su proyecto, y que he caido
en el lazo?
ISABEL. Mi amistad
tiene derecho á saber
todo lo que usted supone...
EDUARDO. ¿Posible es que no perdone
nunca nada una mujer?
ISABEL. (Yo lo qué dice no entiendo;
y si mi ignorancia ve
lo que calla no sabré...)
EDUARDO. Dice usted... (Insistiendo.)
ISABEL. (Sonriendo.) ¡Estoy oyendo!
Vamos á ver: francamente,
¿qué supone usted de mí?
(Como sabiendo de lo que se trata y manifestando sin que él lo note gran ansiedad por comprender lo que D. Eduardo dice.)
EDUARDO. ¿Será usted franca?...
ISABEL. Sí.
EDUARDO. ¿Confesará?...
ISABEL. Ingénuamente.
(Procurando dominar su impaciencia.)
Si usted acierta, le juro
que tendrá mi confesion.
EDUARDO. Pero... ¿obtendré mi perdon
si me equivoco?
ISABEL. ¡Seguro!
EDUARDO. En esa seguridad
voy á hablar...
ISABEL. (Sonriendo.) Tengo interés
en ver si acierta...
EDUARDO. Despues...
ISABEL. Ya lo he dicho. (¡Qué ansiedad!)
EDUARDO. Usted, yo no sé por qué,
despues de alentar mi amor,
con demasiado rigor
premió mi afecto...
ISABEL. Sí á fé...
EDUARDO. Loco al ver mi anhelo muerto,

huí de usted y de España,
jurándola eterna saña
y perpétuo olvido.

ISABEL. ¡Es cierto!

EDUARDO. Yo, acostumbrado á vencer,
ya ve usted que ingénuo hablo,
dí mi cobardía al diablo
y me decidí á volver.

ISABEL. Despues de tres años...

EDUARDO. Sí;
pero en ellos ni un momento
se borró del pensamiento
la ofensa que recibí.

ISABEL. ¡Raro amor!

EDUARDO. Usted sabía
que de su voz al arrullo,
por amor ó por orgullo,
á buscarla volvería.

ISABEL. Sí.

EDUARDO. (Bajando la voz.)
En tan fija confianza,
que el tiempo no ha hecho ilusoria,
se enteró usted de esa historia
y vió en ella su venganza.

ISABEL. (Sonriendo.)
¡Eso ya no está tan claro,
y ser franco ha prometido!

EDUARDO. Usted querer ha tenido
un auxiliar... (Intencion.)

ISABEL. Sin reparo
hable usted... (Animándole.)

EDUARDO. ¿Voy acertando?

ISABEL. Creo que sí. (Dominando su impaciencia.)

EDUARDO. Entónces sigo.
Me quiere usted solo amigo,
y por si yo, no aceptando
su ofrecimiento, quisiera
otro cariño estorbar...
esa mujer puede hablar...

ISABEL. ¡Tal vez! pero aunque dijera...

EDUARDO. No finja usted más; es bella
y me inutilizaría

si refiriera algun dia
mis relaciones con ella.

ISABEL. (¡Ah!) (Sin poder evitar un grito de júbilo.)
Eso es... siga usted. (Sonriendo con calma.)

EDUARDO. ¿Va bien?...

ISABEL. ¡Mucho!... pero... hable usted más...

EDUARDO. ¿Son celos?

ISABEL. ¡Puede!...

EDUARDO. ¡Jamás
la he querido!

ISABEL. ¿Eso tambien?...

EDUARDO. Capricho de esos que el pecho
deja sólo al interés,
y que se olvida despues
cuando se vé satisfecho.

ISABEL. No creo...

EDUARDO. La conocí
en la desgracia mayor,
y por vencer su rigor
cuanto ella quiso ofrecí.
Ella creyó en mi querer...
yo no estaba enamorado,
y huí entónces de su lado:
hasta hoy no la he vuelto á ver.

ISABEL. ¿Y eso es cierto?

EDUARDO. Sí por Dios! (Con ingenuidad.)

ISABEL. (¡Oh, mi venganza!) (Con alegría.)

EDUARDO. Ahora ya
confesará usted.

ISABEL. ¡Quizás!... (Distraida.)

EDUARDO. Y seguirá entre los dos...

ISABEL. (¡No sé qué hacer!)

EDUARDO. ¿Usted fía
en ese recurso?

ISABEL. Yo...
(Sin atenderlo. Eduardo nota su agitacion.)

EDUARDO. ¿Qué tiene usted?

ISABEL. Nada. (¡Oh!
(Enrique aparece sin ser visto.)
¡Enrique! ¡Dios me le envía!)
(Al ver á Enrique venir por el foro, continúa la conversacion.)

ESCENA IX.

ISABEL, EDUARDO, ENRIQUE.

ISABEL. ¿Conque mi sobrina Elisa
(Á Eduardo en voz alta.)
víctima fué de su engaño?
ENRIQUE. (¿Qué?) (Deteniéndose sorprendido.)
EDUARDO. ¿Por qué le hace á usted daño
un cariño que da risa?
Si por vencer su virtud
llegué á ofrecer mi nombre,
faltas son que todo hombre
tiene de su juventud!
ENRIQUE. ¿Qué dice este hombre?
(Bajando con rapidez á Isabel.)
EDUARDO. (Sorprendido.) ¿Eh?
ISABEL. (Con fingida turbacion.) No sé...
parece...
ENRIQUE. Y bien, caballero,
siga usted... (Conteniendo su ira.)
EDUARDO. Yo... (Excusándose.)
ENRIQUE. Es que yo quiero
que usted lo repita. (Fuera de si.)
EDUARDO. (Con altivez.) ¿Qué?
ISABEL. ¡Qué es esto! (Con fingida sorpresa.)
ENRIQUE. Perdon, señora;
pero usted siendo su tia
tolerar no debería
esa calumnia...
ISABEL. Yo ahora
por el honor de mi casa
estaba oyendo al señor.
EDUARDO. (¡Esto fué un lazo!) (Ap. á Isabel.)
(Á Enrique con calma.) En rigor
nada aquí de extraño pasa.
Usted, que así se interesa
por el nombre de Isabel,
debe respetar por él
esta casa. Á mí me pesa

si hablé con sinceridad...
(Queriendo irse: Enrique le detiene.)

ENRIQUE. ¡Oh! ántes de salir de aquí,
si no por usted, por mí
voy á saber la verdad.
¡Elisa!
(Llamando por la izquierda á tiempo que sale ella, y cogiéndola del brazo para bajarla al proscenio.)

EDUARDO. (¿Qué es esto?) (Á Isabel.)

ISABEL. (Con gozo á Eduardo.) ¿Qué?
¡Vivir!

ENRIQUE. ¡Ese hombre está loco! (Á Elisa.)
(Elisa sale con su sombrero de calle en la mano, que deja en una silla.)

ELISA. ¡Oh! no. (Con terror.)

ENRIQUE. ¿Dónde de esa suerte
iba usted?

ELISA. (Con desesperacion.) (¡Llamo á la muerte
y no me acude tampoco!)

ESCENA X.

ISABEL, ELISA, EDUARDO, ENRIQUE.

ISABEL. Elisa... ¿es verdad? (Dirigiéndose á ella.)

EDUARDO. (¡Los dos!
yo no puedo consentir!...)

ELISA. ¡Cierto! ¡Cierto! (Aterrada.)

ENRIQUE. Sin mentir
como en presencia de Dios.
¡Lo que ha dicho ese hombre!...

ELISA. (Con voz ahogada.) Sí.

ISABEL. Afirma...

ELISA. ¡Cierto, lo sé!

ENRIQUE. ¡Cielos! (Retrocediendo.)

ELISA. ¡Maldígame usté.
pero sáqueme de aquí!

ISABEL. ¡Tú que llevas mi apellido!...
(En el colmo de la indignacion. Eduardo interponiéndose entre las dos y queriendo evitar la prolongacion de la situacion. Enrique como presa de una idea desgarradora. Isabel dejando adivinar el placer.)

EDUARDO. ¡Señora!...
ISABEL. ¡Estás deshonrada!...
¡Sal de aquí, desventurada!...
¡Yo nunca te he conocido!
ELISA ¡Oh!! (Con desesperacion.)
ENRIQUE. ¡Usted que escuchó sensible
el amor de un hombre honrado...
usted que amor me ha jurado...
¡si es imposible!... ¡imposible!
ELISA. ¡Oh! perdon...
ISABEL. ¡Huye de mí!
ELISA. ¡Piedad! (Á Enrique.)
ENRIQUE. Jamás la tendré.
EDUARDO. Señora...
(Acercándose á Elisa y ofreciéndola el brazo.)
ELISA. ¡Atrás! ¡yo me iré!
(Se dirige al foro casi cayéndose. Enrique se cubre el rostro. Eduardo quiere seguirla. D. Miguel se presenta y baja al proscenio. Al verle Elisa se precipita en sus brazos, y él la recibe en ellos. Al empezar á hablar él, cae ella de rodillas á su lado.)
MIGUEL. ¿Qué es esto?
ELISA. ¡Socorro! (Cayendo á sus piés.)
MIGUEL. ¡Aquí!

ESCENA XI.

DICHOS, D. MIGUEL.

ISABEL. ¡No la dé amparo ni abrigo!
ENRIQUE. ¡Huya de su ser manchado!
MIGUEL. Sí... saldrá... pero á mi lado!...
ISABEL. ¿Cómo?... ¿Con usted?
MIGUEL. (Con entereza.) ¡Conmigo!
(Pausa. D. Miguel, colocando su mano sobre la cabeza de Elisa, que arrodillada oculta su rostro. Momento de silencio.)
¡Era el tiempo en que sin nombre
se celebraba en el mundo
el sacrificio fecundo
de la Redencion del hombre!
En que se ignoraba el bien

que la humanidad lograba;
y en que el Dios hombre vagaba
en torno á Jerusalen.
Un dia en que el Redentor
cerca á la ciudad andando,
cual siempre iba predicando
la caridad y el amor,
sordo rumor popular
sus oidos llegó á herir,
cual suele á veces rugir
desde sus antros el mar.
Una mujer acosada,
por la turba perseguida,
la vista desvanecida,
la cabeza destrozada,
llegó en alas del terror,
pobre ante tanto enemigo,
buscando amparo y abrigo
á los piés del Redentor.
—«¿Qué haceis y por qué intentais
castigar á esta mujer?
¿Cuál pudo su crímen ser
cuando así la amenazais?»—
—dijo, y la turba más fiera
al ver la presa escapada,
á una voz, lanzó agitada
su acusacion justiciera!
—«No la acojas; no has de oir
su congoja aunque te llame;
es adúltera esa infame,
es nuestra y debe morir!»
—Miró Jesús á la impía,
alzó los ojos al cielo,
cogió una piedra del suelo
que cerca de sí tenía...
Y... «¡es justo! dijo, calmando
la tempestad con su acento,
dadle el castigo al momento
que ella presiente temblando.
La justicia de la tierra
cumplid, aunque es implacable.
¡Comenzad?... ¡*Que el impecable*

tire la primera piedra!
(Pausa. Todos bajan la cabeza.)
Los brazos no se movieron,
los ojos no se miraron,
todas las bocas callaron,
todas las piedras cayeron:
alzó la mujer su sien...
(Alza la cabeza de Elisa y ellos se apartan.)
¡la turba se desbandó!!!...
y... Jesucristo siguió
su marcha á Jurusalen.
(Al levantar con una mano á Elisa, mientras con la otra señala al espacio, cae el telon.)

FIN DEL ACTO SEGUNDO.

ACTO TERCERO.

Sala en casa de D. Miguel. Puerta al foro y laterales. Muebles modestos, pero de buen gusto.

ESCENA PRIMERA.

ELISA, D. MIGUEL. La primera sentada; el segundo de pie á su lado.

MIGUEL. No; yo no quiero amargar,
Elisa, tu situacion:
misterios del corazon
nadie debe penetrar.
Llora, al fin eres mujer
y el porvenir te acobarda;
pero tu secreto guarda,
que yo no quiero saber.

ELISA. Yo necesito, señor,
mi corazon desahogar,
y en álguien depositar
la historia de mi dolor.
Á mí ya no me conviene,
aunque oirme no le cuadre,
que el que hoy me sirve de padre
sin oirme me condene.

MIGUEL. Y al darte en mi casa entrada

cumplí mis santos deberes:
no me importa saber si eres
culpable ó desventurada,

ELISA. Usted juzgará despues,
ya que escucharme rehusan,
si el crímen de qué me acusan
desgracia ó delito es.

MIGUEL. ¡Dios su perdon prometió
al que arrepentido está.

ELISA. Dios me ha perdonado ya...
pero los hombres aún no!

MIGUEL. Y yo perdonarte ansío.

ELISA. En busca de ese perdon (Con avidez.)
se lanza mi corazon.
¡Escuche usted, padre mio! (Pausa.)
Murió mi padre: ninguna
herencia de él disfrutamos,
y mi madre y yo quedamos
sin amparo y sin fortuna.
Al dintel de la pobreza
llegamos dia tras dia:
mi madre se consumía
de dolor y de tristeza;
y yo, que apenas contaba
diez y siete primaveras,
dias y noches enteras
sin descanso trabajaba,
sin que mi tia Isabel
á mis cartas contestara;
siendo rica, ni aliviara
nuestra situacion cruel.
Un hombre rico, opulento,
un dia siguió mis pasos,
averiguó mis escasos
medios: desde aquel momento
en mi oido sin cesar
cayó el ruido tentador
de una fortuna mejor
y un tranquilo bienestar.
Callé, mis ojos volví
y mis oidos cerré,
y con frio trabajé

y con hambre resistí.
Una noche en que mis ojos
al trabajo se negaban
y que á mi madre miraban
dormida, tristes y rojos...
una de esas noches frias,
en que se espesa el ambiente,
y en que cruzan por la mente
mil imágenes sombrías;
de esas en que ni aun el ruido
se oye del tiempo que tarda,
y en que el Ángel de la Guarda
parece que está dormido...
volvió ese hombre... habló de amor,
«te daré cuanto te cuadre;»
me dijo; miré á mi madre
y huí de allí con horror.
Recordé la caridad,
y audaz recorrí y resuelta,
en mi pobre manto envuelta,
las calles de la ciudad.
Á la ajena compasion
más que á la sangre debí...
Llorando á todos pedí,
escondida en un rincon,
y allí calmaron mi afan
los que me vieron llorando,
cuando á mi casa temblando
volví con honra y con pan...

MIGUEL. ¡Sigue! (Conmovido.)

ELISA. Mi madre admiró
mi lucha un mes y otro mes:
algunos dias despues
me bendijo y espiró.
(Con voz ahogada.)
Viviendo ella fuerte fuí;
pero en mi dolor profundo,
viéndome sola en el mundo,
¿qué me importaba de mí?
Á consolar mi dolor
asíduo á mi lado estaba
el hombre que me brindaba

su cariño protector.
Juróme fé, lealtad,
y en ver mi virtud ufano,
juró premiar con su mano
mi desgracia y mi orfandad.
El que tanto prometió
y juró aliviar mi vida,
viéndome por él perdida
á sus palabras faltó.
Y olvidándose cobarde
de mi vida y su deber,
me dió el mundo á conocer.
Ya para el bien era tarde.
Usted entónces llegó,
miró en peligro mi vida,
y á la pobre desvalida
cariñoso recogió.
Por usted pisé el umbral
donde mi tia moraba,
por usted sólo ocultaba
su conducta criminal.
Hoy no hay nada entre los dos;
pero mi fé me asegura
que ella de mi desventura
tendrá que dar cuenta á Dios.
Mi historia entera esta es,
vea usté si fué tan culpada
la mujer desventurada
que llorando está á sus piés.
(Cae de rodillas.)

MIGUEL. ¡Oh! si un infame abusó
de tu inocencia y tu estado,
el cielo te ha perdonado
como te perdono yo.
Dios oyó tu confesion,
y él manda contínuamente
al que llora y se arrepiente
un rayo de bendicion!

ELISA. ¡Oh! ¡gracias! ¡gracias, Dios mio!

MIGUEL. Ahora déjame: yo quiero
hacer más por tí... y espero...

ELISA. Es en vano...

MIGUEL. Yo confío.
ELISA. ¡Voy de la desdicha en pos!
MIGUEL. Premio la desdicha alcanza.
ELISA. ¡Ah!
MIGUEL. Ten en mí confianza.
ELISA. ¿Pero usted qué intenta?
MIGUEL. Adios.
(La acompaña hácia la izquierda y vuelve al proscenio.)

ESCENA II.

D. MIGUEL, el CRIADO por el foro, que entra apenas queda aquel solo.

CRIADO. Don Eduardo...
MIGUEL. ¿No le has dicho
que no puede ver á nadie?
CRIADO. Insiste de tal manera
que no sé qué contestarle.
MIGUEL. Dios lo quiere así sin duda.
CRIADO. ¿Qué decide usted?
MIGUEL. Que pase.
CRIADO. Y si viene...
MIGUEL. Para todos
estoy ya.

ESCENA III.

D. MIGUEL.

Mañana es fácil
que no me encuentren, y quiero
ajustar mis cuentas ántes.
Esperé á Isabel y á Enrique
toda la mañana en balde,
y éste, á quien oir no quiero,
viene sin que yo le llame.

ESCENA IV.

MIGUEL, EDUARDO.

EDUARDO. ¡Gracias á Dios!
MIGUEL. ¡Caballero!
EDUARDO. He venido ya bastante
sin tener la dicha...
MIGUEL. Estaba
fuera de casa...
EDUARDO. En el lance
de ayer y sus consecuencias,
que deploro más que nadie,
logró usted mis simpatías.
MIGUEL. Gracias... espero...
EDUARDO. ¡Al instante!
Por una complicacion
de causas inexplicables,
yo comprometí la honra
de una mujer; usted sabe
que intenté seguirla, pero...
MIGUEL. Es verdad... si usted no añade
otra cosa!...
EDUARDO. Anoche mismo
de esta casa á los umbrales
llegué... volví esta mañana
inútilmente...
MIGUEL. Bastante
inútil es esa historia,
pues que me ve esta tarde.
EDUARDO. Cierto.
MIGUEL. ¿Cuál es el motivo
de su visita?
EDUARDO. Cobarde
sería mi proceder
si de enmendar no tratase
lo que yo...
MIGUEL. No entiendo aún
qué enmienda...
EDUARDO. Voy á explicarme.
Muy torpemente por cierto

cayendo en un lazo infame,
publiqué lo que no era
aun conocido de nadie.
Ahora bien, por mis palabras,
Elisa perdió un amante,
una casa, una familia,
tal vez un marido...

MIGUEL. (Interrumpiéndole.) Ántes
de que usted hablara, ella
rechazó su mano.

EDUARDO. (Maliciosamente.) ¡Diantre!
¡eso es digno!

MIGUEL. Concluyamos.

EDUARDO. Elisa no tiene padres,
ni parientes, ni fortuna...
¿nó es así?

MIGUEL. (Con impaciencia.) ¡Cierto!... ¡adelante!...

EDUARDO. ¡Á mí me toca y no á otro
velar por ella!... Usted hace
más que debe recogiéndola;
pero estorbará á sus planes
tan molestò sacrificio,
del que vengo á relevarle.

MIGUEL. Usted viene...

EDUARDO. Por Elisa...
¡ya la perdí!... ¡que la salve!...

MIGUEL. Pero aún entender no puedo...

EDUARDO. Pues me he explicado bastante.
¿Qué apoyo tiene en el mundo,
qué posicion?... Puedo darle
todo cuanto necesite...
para vivir... y ¿quién sabe?...
ella misma.

MIGUEL. (Dominando su ira.) ¡Caballero!
¡Creo que basta de ultrajes!
Y á no escudarle mi casa,
que á ninguno escuda en balde,
há tiempo que mi respuesta
visto hubiera en mi semblante.
¿Por quién me ha tomado usted,
cuando tal propuesta me hace,
comerciando aquí de nuevo

con la desgracia y el hambre?
¡Elisa duerme en el lecho
castísimo de mi madre,
y mientras en él se duerma
no puede comprarla nadie!
Si su padre ya no existe,
yo desde ayer soy su padre:
¡gracias que no pida cuentas
de su honra y que las salde!

EDUARDO. ¡Ah! (Con sonrisa maliciosa.)

MIGUEL. No sé si esa sonrisa
á más de necia es infame;
en cualquiera de esos casos,
¡ya me molesta bastante!...

EDUARDO. ¡Lo que me pasa es por cierto
inconcebible!... admirable!
¡Á un hombre que ayer quería
destruir con un enlace
la honra de su apellido,
salvé de tan triste trance,
y en vez de darme las gracias
y su salvador llamarme,
me desafía y conmigo
dentro de un rato se bate!
Á otro, que sobre sí toma
un peso bastante grande,
quiero aliviar y me insulta.
¡Cierto que la cosa es grave!
Cuál fué mi culpa, ni ayer,
ni hoy, ni hace tiempo, ya sabe
la mujer que el que le rinde,
con ella no ha de casarse...

MIGUEL. Y usted hizo bien... entónces...

EDUARDO. No trato de disculparme.
¿Quién no tiene así una historia?
Yo hice lo que todos hacen.

MIGUEL. ¿Y no merece castigo
el ir á asaltar cobarde,
unafortaleza aislada
á quien no defiende nadie?
¿Es bien hecho brindar nombre,
fortuna, comodidades

á la que ve que sucumbe
de miseria y frio y hambre?
¿Y lo hacen todos?... Pues todos
los que son tan miserables
olvidan que tendrán hijas
que pueden quedar sin padre...
Hijas expuestas un dia
á que un seductor infame
las abandone diciendo...
¡yo hago lo que todos hacen!

EDUARDO. ¿Quería usted por lo visto
que en un quijotesco arranque
á la mujer, ántes mia,
llevara yo á los altares?

MIGUEL. ¿Usted?... no tal; mis ideas
están de eso muy distantes.
Diérala yo á quien la amara,
á quien su falta olvidase...
¿Pero á usted que la ha engañado?
Ella pobre, miserable,
perseguida, deshonrada,
para mi conciencia vale
mil veces más que usted, rico,
opulento, altivo y grande!
¿Usted su esposo? ¡primero
era preciso matarle,
y lavar su impío crímen
con un bautismo de sangre!

EDUARDO. ¿Conque era poco mi mano?
¡Opinion extravagante!...

MIGUEL. ¡No cura heridas de honra
el nombre de un ser infame!

EDUARDO. ¡Don Miguel!...

MIGUEL. ¡Sí, por mi vida!
El que de engaños se vale
y con promesas fingidas
á un ser aislado combate;
el que sólo vence al débil
es un vil, es un cobarde!

EDUARDO. ¡Basta! esas palabras piden
satisfaccion, y al instante!

MIGUEL. Yo se la daré cumplida;

si es que no tiembla, y es fácil,
el vencedor de mujeres
al ver á un hombre delante.

EDUARDO. Locura es ya con sus años
proponerme ese combate,
á ménos que no lo exija
el capricho de ese ángel!

MIGUEL. ¡Cómo!

EDUARDO. ¿Quién habrá en el mundo
que no entienda al escucharle,
que odian al amante antiguo
los celos del nuevo amante?

MIGUEL. Villano, aun en pensamientos,
¡Dios me ayudará á matarle!

EDUARDO. ¡Tarde es para su justicia!

MIGUEL. ¡Nunca para Dios es tarde!

EDUARDO. Mañana á cualquiera hora...
(Le ofrece la mano que D. Miguel no toma.)

MIGUEL. Mi mano no se da en balde.

EDUARDO. ¡Don Enrique!

ENRIQUE. (Entrando por el foroo) Son las cinco
y ahí están; bajo al instante.

ESCENA V.

D. MIGUEL, D. ENRIQUE.

MIGUEL. Le he escrito á usted.

ENRIQUE. Y he venido
suponiendo no encontrar...

MIGUEL. No tema usted.

ENRIQUE. No tardar
tanto hubiera preferido...

MIGUEL. ¿Se bate usted con ese hombre?

ENRIQUE. Ahora, y ya le hago esperar...

MIGUEL. ¿Qué pretende usted lograr?
(Sin contestarle.)

ENRIQUE. ¿Yo? Que ella lleve su nombre.

MIGUEL. Ese hombre se niega.

ENRIQUE. ¡Oh!
y obra en eso como honrado.

MIGUEL. ¡Enrique!
ENRIQUE. Le he disculpado;
lo mismo hubiera hecho yo.
MIGUEL. Usted... (Con extrañeza.)
ENRIQUE. ¿Quién lleva al altar,
sabiéndolo, á una mujer
que no nos puede ofrecer
su casta frente á besar?
MIGUEL. ¡Tambien usted, que atesora
elevados sentimientos,
no tiene otros pensamientos
para la mujer que llora!
ENRIQUE. ¿Y no merece desprecio
la que una pasion alienta
mientras oculta una afrenta
para el que la adora necio?
MIGUEL. No; Elisa fué tan leal
que amando á usted con pasion
no admitió su corazon.
¿Se portó con usted mal?
ENRIQUE. La amé por mi desventura
con tan insensato amor,
que en vez de dejar su honor
presa de su vida impura,
he reclamado de ese hombre
satisfaccion tan cumplida,
que me dará á mí su vida
ó á ella le dará su nombre!
En este papel cerrado (Se le da.)
mi voluntad está escrita,
si Dios la vida me quita (Con amargura.)
como el amor me ha quitado,
cumpla usted lo que hay en él,
aunque le choque quizás,
sin que ella sepa jamás
que ha sido mio el papel!
MIGUEL. Usted no sabe esa historia.
ENRIQUE. Y no saberla prefiero;
Elisa murió, y no quiero
atormentar mi memoria.
MIGUEL. Si esa mujer sucumbió,
y usted no sabe por qué,

y alzando al cielo su fé
al cielo la perdonó:
si Dios la balanza inclina
hácia su perdon mañana,
¿será la justicia humana
más recta que la divina?

ENRIQUE. Él en su juicio profundo
da el perdon y da el consuelo;
no viven como en el cielo
los que viven en el mundo!

MIGUEL. Y el que con tanta eficacia
salvar quiere su conciencia,
¿no entiende la diferencia
que hay del vicio á la desgracia?

ENRIQUE. Ante el mundo no hay derechos
que alegar en excepciones,
Dios juzga las intenciones
y el mundo juzga los hechos.

MIGUEL. Á las que lloran livianas
Dios aparta de la sima...

ENRIQUE. Dios está muy por encima
de las miserias humanas!

MIGUEL. Por qué no seguir en pos
de su doctrina visible...

ENRIQUE. Porque Dios es infalible
y justo!... y por eso es Dios! (Pausa.)

MIGUEL. ¡Basta!

ENRIQUE. Ese hombre espera ahora
y ya no me pertenezco...

MIGUEL. Enrique. (Dándole la mano.)

ENRIQUE. ¡Adios!

(Conmovido. Aparece Isabel por el foro y queda parada.)

ISABEL. (Á Enrique.) ¿No merezco
ni una palabra?

ENRIQUE. (Saludando friamente.) ¡Señora!...

(Se va por el foro. Isabel baja al proscenio.)

ESCENA VI.

D. MIGUEL, ISABEL.

MIGUEL. Gracias á Dios.
ISABEL. ¡Y él se va!
¡Bien adivinaba yo (Con ironía.)
que estaba en su casa!
MIGUEL. Entró
hace un momento.
ISABEL. ¿No está
en ella la que ha robado
ese corazon de roca,
y que ahora sin duda invoca
el perdon de su pasado?
MIGUEL. ¡Isabel! si en condenar
fué usted tan inexorable,
y aquí vive la culpable,
¿qué viene usted á buscar?
ISABEL. Segun su carta, á saber, (Conteniéndose.)
ya que usted siempre es tan bueno,
lo que en este asunto ajeno
se ha propuesto usted hacer.
En ella ¡el capricho es raro!
que habla de Elisa se infiere
cuando asegura que quiere
tomarla bajo su amparo.
MIGUEL. Cierto.
ISABEL. Yo no creo justo
que una carga tan pesada
tome sobre sí.
MIGUEL. Me agrada.
ISABEL. Aunque sea de su gusto,
no es natural que teniendo
familia, vele un extraño
por quien ha hecho tanto daño
á su apellido.
MIGUEL. ¡No entiendo!
ISABEL. Casas hay de reclusion
en donde puede vivir,
y yo me apresto á seguir

dándola mi proteccion.

MIGUEL. Siga usted. .

ISABEL. He concluido.
Mi peticion es legal
y usted aprueba...

MIGUEL. (Con ironía.) ¡Sí tal;
está muy bien entendido!
Sólo que como los jueces
suelen la causa ignorar,
quiero yo en primer lugar
hacer hoy aquí sus veces.

ISABEL. No sé...

MIGUEL. Pues somos amigos
y no ven nuestras miradas,
ni partes interesadas
ni indiferentes testigos,
aquí en esta soledad
que oculta nuestros agravios
va á brotar de nuestros labios
toda la horrible verdad.

ISABEL. ¿Cómo?

(Temerosa. Miguel bajando la voz y con intencion reconcentrada.)

MIGUEL. No por el rigor
de su familia ultrajada,
no por conservar honrada
la santidad del honor,
viene usted á proponer
con intencion santa y tierna
una reclusion eterna
para esa pobre mujer:
es que hay célos y hay amor
en ese pecho egoista,
y teme que su conquista
elija un alma mejor.
Usted, que pudo evitar
el escándalo de ayer,
la deshonró con placer
y la arrojó sin pesar!
Y hoy que ve usted que aquel hombre
no eligió á usted por más bella,
y piensa sin duda en ella,

aunque no la dé su nombre;
hoy, que no ve usted lograda
su satánica intencion,
con rostro de compasion
se presenta enmascarada.
No hay nadie... ¡mi voz discreta
no contará lo que puedo!...
¡Vamos, señora, sin miedo, (Con sarcasmo.
arroje usted la careta!

SABEL. ¡Si es que está usted en su casa
nadie al vernos lo diría...
y tal vez de grosería
su atrevido juicio pasa!
Que sea verdad ó no
lo que usted me dice aquí,
yo mando en Elisa, sí;
soy su único amparo yo!
¡Y las leyes me darán
lo que usted quiere negarme,
si es que me obliga á ampararme
de ellas!...

MIGUEL. ¡Y la ampararán!
Pero yo sabré decir, (Con fuego.)
no á los jueces, sino al mundo,
todo el abismo profundo
que quiere usted encubrir!...
¡Oh... y el mundo me creerá...
siendo malo... aunque mintiera!...
¡Verá usted de qué manera
la historia circulará!
(Con gozo sarcástico.)
Como todos los que un dia
tras de esas gracias corrieron,
é injustamente sufrieron
su helada coquetería...
dirán... «Al cabo cayó
»la que invulnerable ha sido!...
»¡Ella á un hombre ha perseguido,
»y ese hombre la despreció!...
»¿Y por quién?... Por quien tenía
»un borron en su pasado...
»y por celos la ha encerrado...

»¡y la teme todavía!...»
En coro á la sociedad
lo tendré que repetir...
¡Cómo vamos á reir!... (Con risa.)
¡Verdad, señora!... ¡verdad! (Con voz ronca.)

ISABEL. ¡Oh! basta... ¡Elisa!...
(Llamando y Miguel deteniéndola.)

MIGUEL. ¡Isabel!

ISABEL. ¡Atrás!..: ¡yo por ella vengo!

MIGUEL. ¡Y yo en mi casa la tengo!

ISABEL. Por fortuna no está él; (Con ironía.)
y sólo puede arrancarla
de mí quien la dé su mano.
¡Elisa! (Llamando.)

MIGUEL. Como un hermano
puedo á mi vez ampararla.

ISABEL. ¡Error! ó yo ó su marido.

MIGUEL. Reflexione usted, señora.

ISABEL. De reflexiones no es hora...
(Sale Elisa por la izquierda.)

ELISA. ¡Aquí estoy!...

MIGUEL. ¿Por qué has venido?
(Interponiéndose entre las dos.)

ESCENA VII.

ISABEL, D. MIGUEL, ELISA.

ISABEL. Yo, que soy en este mundo
tu única familia ya,
vengo á recogerte.

ELISA. (Sorprendida.) ¡Ah!

ISABEL. Y en mi derecho me fundo.

ELISA. Gracias, señora, la doy,
aunque no acierto á entender
cómo arrojándome ayer
viene á recogerme hoy.

ISABEL. Porque es forzoso evitar
que peores pasos des,
y eches la culpa despues
á quien te llegó á arrojar.
Porque basta lo pasado.

porque no es tuya esta casa,
y autorizar lo que pasa
no puede quien sea honrado.

ELISA. Si aquí no puedo vivir
y es suya la razon ya,
una reclusion será
mi casa y mi porvenir.

SABEL. Eso mismo debe ser;
pero á mí hacerlo me toca.
Don Miguel, mi vóz lo invoca...
¡déme usted esa mujer!

MIGUEL. ¡Recuerde que mi promesa
cumpliré por vida mia!

ISABEL. Nos veremos todavía.

(Aparece D. Enrique en el foro algo pálido. D. Miguel corre hácia él. Elisa retrocede. Isabel la mira.)

MIGUEL. ¡Ah!

ELISA. (¡Él aqui!)

ENRIQUE. (¡Verla me pesa!)

ESCENA VIII.

ISABEL, ELISA, D. MIGUEL, D. ENRIQUE.

MIGUEL. (¿Qué hay?) (Ap. con rapidez á Enrique.)

ENRIQUE. (¡Herido gravemente!)
(¡Me falta al verla el valor!)

ELISA. (¡Haz tu voluntad, Señor!)

ENRIQUE. (Deteniendo á Isabel y Elisa, conmovido y con dignidad.)
Un momento solamente;
señora, el hombre que osado, (Á Elisa.)
robándome la ventura,
dió á esa vida la amargura
y emponzoñó su pasado,
sangre del pecho vertiendo
por una mano homicida,
quiere, si guarda la vida,
su perdon.

ELISA. ¡No le comprendo!

ENRIQUE. Ese hombre que á la razon
no quiso iluso ceder,

cercano su fin al ver,
me ha dado una comision.
Honra con honra se lava,
y él que la de usted tenía,
á dar la suya me envía
por si su vida se acaba.
¡Mia usted no puede ser,
de él quiere Dios que usted sea!

ELISA. ¡Satisfaccion no desea (*Con dignidad.*)
mi desgracia de mujer!
No fuera yo más honrada
aceptando ese cilicio,
ni tan grande sacrificio
puede serviros de nada.
Déle usted gracias sinceras,
y acepte usted por su accion
de este muerto corazon (*Conmovida.*)
las ilusiones postreras.
(*Enrique permanece inmóvil.*)
¡Vamos! (*Á Isabel.*)

MIGUEL. ¡No tal!

ISABEL. ¡Otra vez!

MIGUEL. Yo aquí soy su protector...
Si usted no fué defensor
nunca, ¿cómo ha de ser juez?
¿Con qué razon que me cuadre
pretende sacar de aquí
á la que yo recogí
de la tumba de su madre?

ENRIQUE. ¡Ah! (*Sorprendido.*)

MIGUEL. Si. Si usted sin mirar
la honda miseria en que estaba,
en el mundo la dejaba
sin familia y sin hogar;
si usted á su juventud
ni amparo ni ayuda dió,
¿cómo si crueldad sembró
recoger quiere virtud?
Si usted, rica y opulenta,
su honra limpia no ha guardado,
¿cómo á la que ha abandonado
pide tan estrecha cuenta?

¿Cómo á mí que la amparé
y que ayer la traje aquí,
viene á reclamar así
lo que nunca suyo fué?

ISABEL. (Fuera de sí.)
Vengo á evitar que mañana
decir pueda un atrevido,
que con quien no es su marido
vive la hija de mi hermana.

MIGUEL. Oh!

ISABEL. ¡Que el noble protector
que conmigo se propasa
la trajo á su misma casa
para perderla mejor!

MIGUEL. ¡Señora!...

ISABEL. Y usted que bien (Á Enrique.)
el mundo conoce ya,
fácilmente entenderá
esta comedia tambien!

ELISA. Oh! deje usted por favor
que salga de aquí al instante,
que siento arder mi semblante
de indignacion y rubor!

MIGUEL. ¿Conque es decir que así miden
los viles al hombre honrado,
y que al tenerte á mi lado
cuentas estrechas me piden?
Pues bien, si tiene derecho
el mundo en sus altos juicios
á entender los beneficios
por un prisma tan estrecho,
yo rompo con él desde hoy
ya que él ha roto conmigo,
y con alta frente sigo
por el camino en que estoy.

ISABEL. Ya no hay nada que me asombre,
¡se amaban ántes!

MIGUEL. Señora...
respete usted desde ahora
á la que lleva mi nombre.

TODOS. Oh!...

MIGUEL. ¿No dicen que los dos

nos amamos... yo me avengo.

ELISA. ¡Pero!...

ENRIQUE. ¿Usted?

MIGUEL. Con mi honra tengo
bastante para los dos.
Si ante el mundo pervertido,
que en la miseria te deja,
para que yo te proteja
hace falta mi apellido,
tuyo es, aunque á él no le cuadre,
pues de mi virtud dudó;
no por eso he de ser yo
otra cosa que tu padre!

ELISA. Imposible, yo no soy
digna... no... median abismos.

MIGUEL. ¡Á mis ojos ellos mismos
te han regenerado hoy!

ELISA. ¡Bendito seais. Señor!...
mas yo no puedo admitir...

MIGUEL. ¿No suelen ellos decir
que regenera el amor?
Pues bien, ten mi vida entera,
y si un dia algun aleve
se olvida de lo que debe
á la que es mi compañera;
si una mujer, tu pasado
viene á lanzar en mi oido,
de esas que siempre han vencido,
tal vez porque no han luchado;
si un maldiciente murmura
tu historia desventurada,
yo en Dios fijá la mirada
les diré con voz segura...
«¡Es verdad y no me arredra
»vuestra justicia implacable!
»¡Ahí está... que el impecable
»tire la primera piedra!

(Con solemnidad. Todos bajan la cabeza, cae el telon con rapidez.)

FIN DEL DRAMA.

Habiendo examinado este drama titulado La primera piedra, *no hallo inconveniente en que su representacion sea autorizada, siempre que se supriman los versos acotados en la escena III del primer acto y en la IX del segundo.*

Madrid 26 de Octubre de 1862.

El Censor de Treatros,

Antonio Ferrer del Rio.

Quedan hechas las supresiones marcadas por la censura.

El Autor.

AUMENTO Á LA ADICION DE 1.° DE MARZO DE 1880.

TÍTULOS.	Actos.	AUTORES.	Prop. que corresponde
COMEDIAS.			
El reservado de Señoras..............	1	D. José de Fuentes.....	Todo.
La vision de Fray Martin..............	1	G. Nuñez de Arce ..	»
Por un ángel..........................	1	E. Jackson Cortés...	»
Salir de Málaga	1	José de Fuentes....	Mitad.
Seguros contra incendios.............	1	Gaspar Marqués. ...	»
Un buen apunte....	1	Eduardo Malvar. ...	Todo.
Último adios........................	1	Eusebio Blasco.....	»
Tribunales de venganza...............	2	R. de A. de Laiglesia.	»
Administracion pública..............	3	Enrique Gaspar......	»
Ángel.............	3	F. Javier Santero...	»
Carrera de obstáculos................	3	Ceferino Palencia....	»
¡Dios! ¡Justicia! y ¡Germanía!.........	3	Eduardo Sojo......	»
La fuerza de un niño.................	3	Miguel Echegaray...	»
ZARZUELAS.			
Chanteusepar amour..................	1	Sres. Paul y Cenrión...	M.
El gran artista.......................	1	Cuartero y Ferrer...	L.
Heloise et Abelard....................	1	D. H. Litolff...........	M.
La mejor venganza....................	1	Sres. Ruesga, Prieto, y Espino.......	L. y $^1/_2$ M.
La chamor du primtems...............	1	D. Robert Planquette..	M.
La jeunesse de Beranger..............	1	Robert Planquette..	M.
La saint Nicolás!.....................	1	D. Robert Planquette...	M.
Le chevalier Gaston..................	1	Sres. Veron y Planquette	L. y M.
Les Rendez vous galants..............	1	D. Robert Planquette..	M.
Memnon...............................	1	C. Grisart..........	M.
Paille d'avoine........................	1	Robert Planquette..	M.
L'amour et son carquois..............	2	Ch. Lecocq.	M.
Florinda..............................	3	J. J Jimenez Delgado	L.
La Boite de Pandore..................	3	H. Litolff..	M.
Les noces de Fernande................	3	Louis Deffes........	M.
Les voltigeurs de la 32me.............	3	Sres. Gondinet, Duval y Planquette.......	L. y M.
Niniche...............................	3	Marius Bouliard. ...	M.
La fiancée du roi de Garbe...........	4	H. Litolff..........	M.

Por convenio hecho en París el 22 de Setiembre de 1879 con el Agente general de la *Sociedad de Autores, Compositores y Editores de Música* franceses, somos los únicos representantes en España, Portugal y sus colonias, de la citada Sociedad.

PUNTOS DE VENTA.

MADRID.

En las librerías de los *Sres. Viuda é Hijos de Cuesta,* calle de Carretas, núm. 9; de *D. Fernando Fé,* Carrera de San Jerónimo, núm. 2; de *D. M. Murillo,* calle de Alcalá, núm. 7, y de *D. Manuel Rosado,* Puerta del Sol, núm. 9.

PROVINCIAS Y ULTRAMAR.

En casa de los Corresponsales de esta Galería.

PORTUGAL.

Agencia de *D. Miguel Mora,* Rua do Arsenal, número 94.—Lisboa.

FRANCIA.

Mr. Louis Bathlot, editor de Música, Rue de l'Echiquier, 39, Paris.

Librería de *Mr. E. Denné.*—15, Rue Monsigny, Paris.

ALEMANIA.

Dr. Eduard Engel, Rédacteur du «*Magazin für die Literatur des Auslandes,*»—35, Königin Augusta Strasse,—Berlin W.

Mr. Wilhelm Friedrich, editeur, Leipzig.

Pueden tambien hacerse los pedidos de ejemplares directamente á los EDITORES, acompañando su importe en sellos de franqueo ó libranzas, sin cuyo requisito no serán servidos.